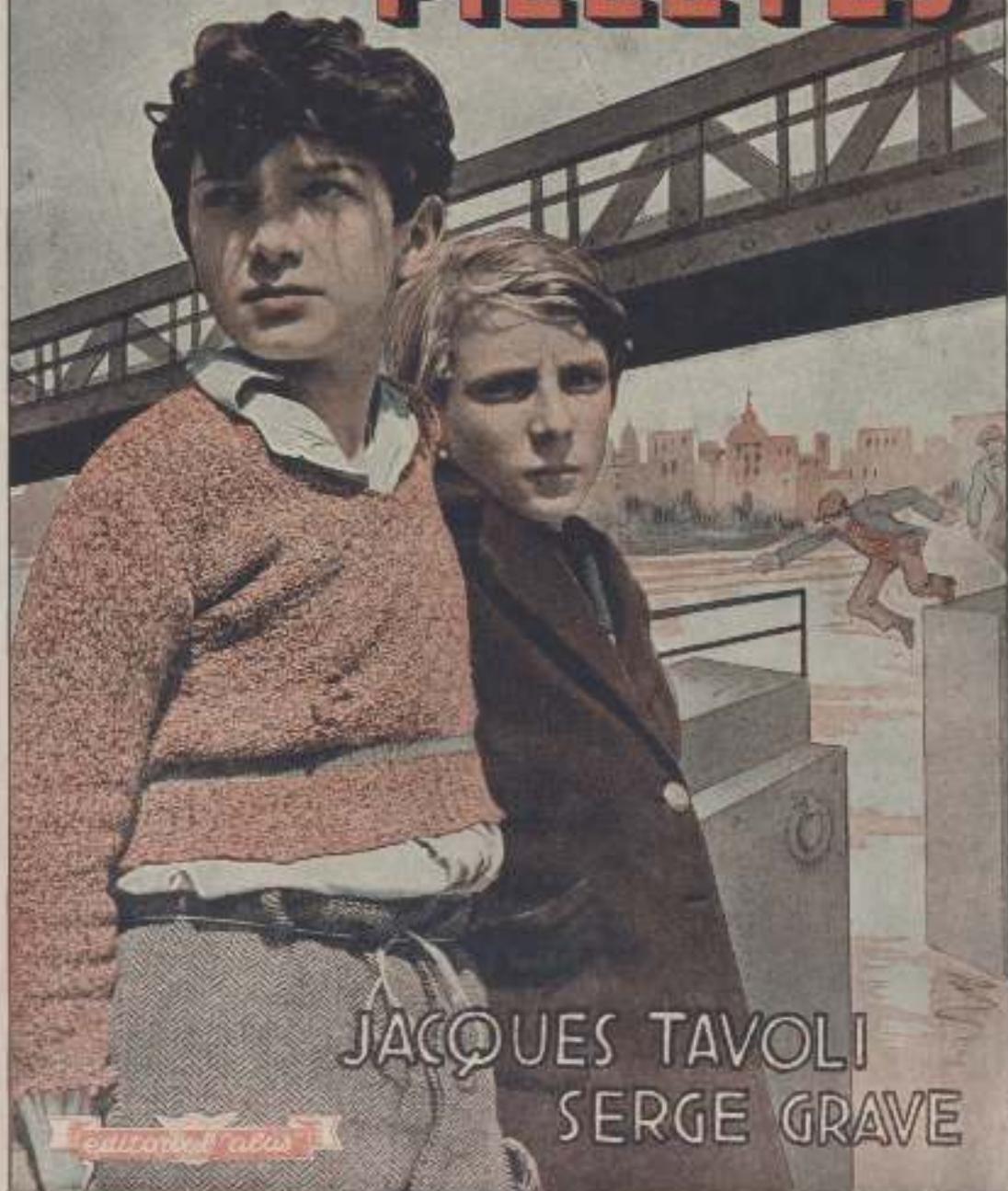


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

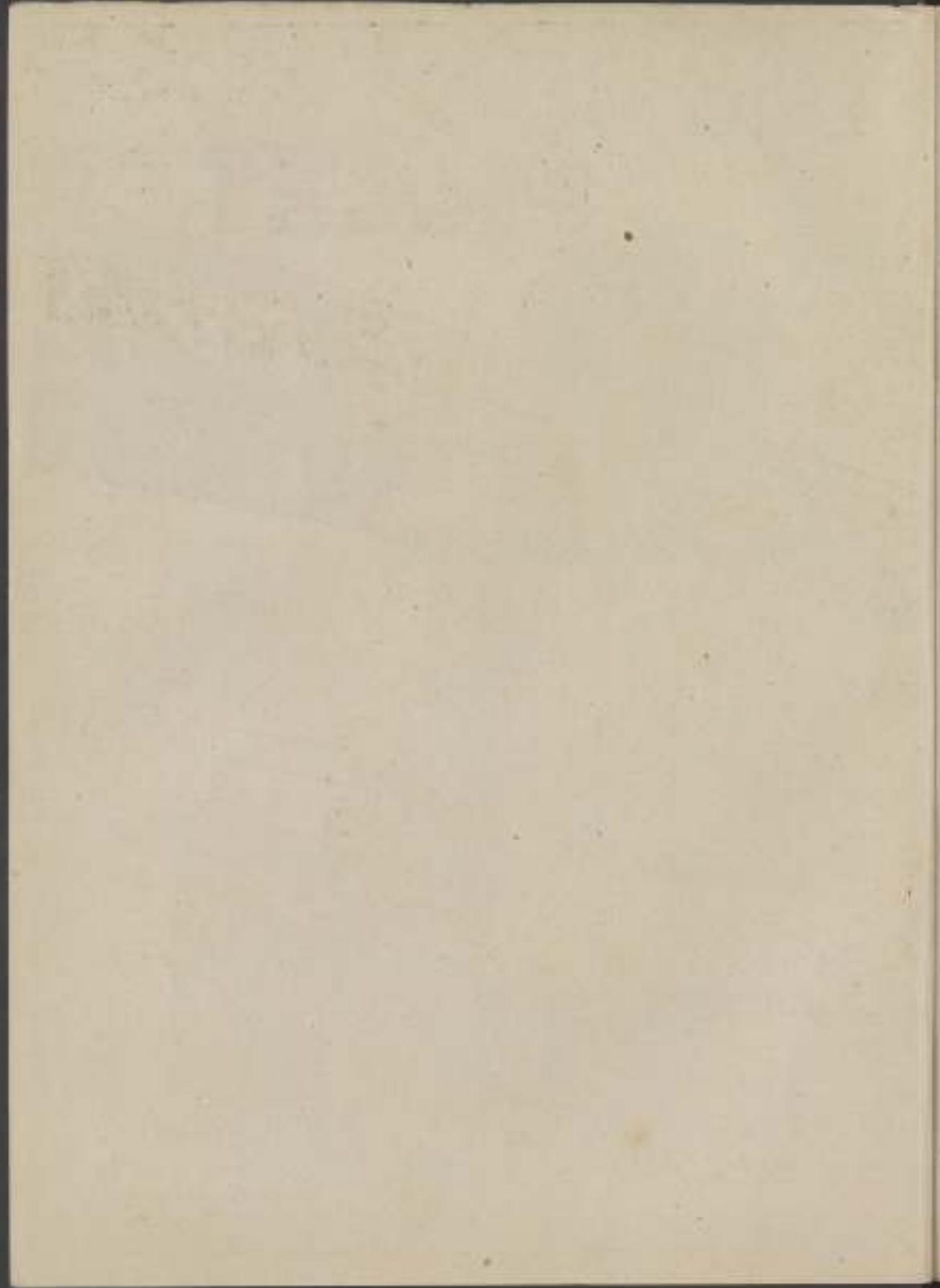
SERIE ALFA

LOS DOS PILLETES



JACQUES TAVOLI
SERGE GRAVE

editorial alfa







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECCIÓN LITERARIA: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES,
Valencia, 254 - Apdo. Correo 707 - Teléf. 70017 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Rocher, 16, Barcelona -

EDITORIAL



Publicada semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 269

Los dos pilletes

El éxito de esta obra fué mundial, no solamente por el argumento de la misma, sino por el fondo de cruel humanidad que contiene. Son los sentimientos más íntimos de las almas los que luchan levantando tempestades de celos, de odios, de egosmos; pero también de abnegados sacrificios, de amor puro y de immaculado cariño maternal, que tan pronto acongoja el corazón como lo abre al perfume de la dicha ajena.

Según la obra de PIERRE DECOURCELLE

Distribuida por

EXCLUSIVAS HUET

Paseo de Gracia, 66 - - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Fanfan	JACQUES THYLLI
Claudinet	SERGE GRAVE
Comte de Kerlor	Maurice Escanda
Elene de Kerlor	Germaine Zouar
Tia Ceferina	Marguerite Piercy

Director:

Fernando Rivers

Música de

Tiarko Richepin

Narración literaria de la novela
MANUEL NIETO GALAN

LOS DOS PILLETES

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

(Voy a morir! ¡Amigo!,
cesa tu llanto,
que es mi vida, aunque niña,
sufri yo tanto...)
(Si tú supieras
que me voy con mi madre,
te sentirías)

Alonso Castañeda Prado

UN VIAJE PRECIPITADO

SERIAN las once de la mañana; un día de primavera espléndido, en el que el sol radiaba con toda su esplendor, cuando por la carretera que conduce a Tours, un viejo camión rodaba cansinamente hacia la población.

Al lado del conductor se hallaba sentada una mujer que a la sazón tendría unos cuarenta años; pero su estado físico, tal vez por la falta de aseo, o por algún vicio, la hacía representar más de los cuarenta.

Era ésta una tal Ceferina, mujer o amiga de un tal Eusebio, a quien todos conocían por el tío Caracól, sujeto de pésimos antecedentes, los cuales sabía ocultar magníficamente

bajo una capa de inocencia y de ignorancia.

Más de una vez había tenido que ver con la policía, y era precisamente Ceferina quien le preparaba aquellos «golpes» para «ir tirando», según decía ella, y para poderse comprar un poco de aguardiente, que era para Ceferina lo que el aire es para los pájaros.

Se acercaban ya a Tours cuando la Ceferina, sonriendo al chofer, le dijo:

—Es usted muy fino, señor Julio, de llevarme hasta Tours.

—¡Oh, no lo crea!—respondió éste, sin darle importancia al hecho— Debió descargar una mercancía y eso no me entretenía mucho.

—No disimule — exclamó sonriendo maliciosamente la mujer—; ya sé que es usted galante con las mujeres... Y si yo no estuviera tan chalada por mi Eusebio, tal vez le daría alguna esperanza.

El chofer se quedó mirando a su acompañante, y pensando en el gufiapo que llevaba por mujer, estuvo a punto de soltar la carcajada. Ella, sin darse cuenta de nada, y con esa lascivia propia de los seres de su clase, siguió diciéndole:

—Pero yo amo a mi Eusebio querido, y por eso vengo a buscarlo al hospital de Tours. Hoy sale ya... Diga, ¿nos podrá acompañar al regreso también?

—Claro que sí — respondió Julio—; regresaré, desde luego, muy cargado... Pero un bulto más no importa.

Siguieron su camino hacia Tours, donde el tío Caracol había conseguido en el hospital, con su fingida bondad, el aprecio de las Hermanas de la Caridad. Sin que nadie se lo mandara, en cuanto estuvo en disposición de trabajar, él mismo se adjudicó la faena de dar brillo al suelo, y acababa de terminar esta labor cuando vió llegar a una de las monjitas y la saludó diciéndole:

—La saludo, hermana. Acabo de dar brillo a la sala. Está reluciente como un espejo. El doctor ya puede

venir a visitar. Todo está en orden.

—Gracias, mi buen señor Broquin —respondió la hermana—. ¡Ah!, si todos los enfermos del hospital fuesen tan complacientes como usted.

El tío Caracol movió la cabeza en un gesto de tímida modestia, y respondió humildemente:

—Yo no hago más que cumplir, Sor Modestia. Usted me ha cuidado muy bien durante las seis semanas, desde que tuve la desgracia de romperme la pata, perdone, quise decir la pierna, ejerciendo mi oficio de lampista en aquella casa de campo de las afueras...

—Gracias a Dios ya puede usted usar su pierna—le dijo cariñosamente la monja.

—¡Ah, ya puede usted decirlo! —dijo el tío Caracol, sonriendo—. Y hasta me funciona como jamás me funcionó... Además, el doctor me ha prometido mi alta para mañana.

Mientras él hacía movimientitos con la pierna para que la monja viese que era verdad lo que decía, la hermana le dijo con aquel tono cariñoso que tantas simpatías le valía:

—Me dará mucha pena verlo partir. No son frecuentes los enfermos tan dóciles como usted y que se amolden tan exactamente a sus deberes religiosos.

El tío Caracol, siguiendo en su

socarronería, que en esto era un verdadero perro viejo, le respondió:

—Eso es el fruto de una educación cristiana, hermana. Yo he sido educado en los Hermanos...

No supo decir el nombre de los Hermanos en que había sido educado y creyó que era mejor alabarlos diciendo a continuación:

—¡Ah! Esos sí que son unos santos varones...

En aquel momento le avisaron de que había llegado su esposa, y la monja quedó sorprendida, hasta el punto que le dijo:

—¿Su esposa?... ¿No me dijo usted que no estaba casado?

El tío Caracol, al verse descubierto, bajó la cabeza como el hombre que está avergonzado porque le han descubierto una falta, y respondió timidamente:

—Yo estoy casado... pero sin estarlo, hermana.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la monjita haciendo aspavientos—. Con unos sentimientos religiosos como los de usted... ¿por qué no se preocupó de bendecir su unión?

—Todavía no; pero como pedimos a Dios todos los días que nos bendiga, pues verá...

La monja, al ver que entraba Ceferina, los dejó solos, y una vez que estuvieron sentados en uno de los

bancos de la sala, ella intentó abrazarlo diciéndole cariñosa:

—¡Mi Eusebio!...

El contuvo las expansiones amorosas de ella, deteniéndola y diciéndole:

—Bien, aquí está tu Eusebio... Ya sabes tú que para los cumplidos no sirvo.

—Eso me pasa a mí... En cuanto tengo que decir dos palabras, la cabeza me estalla. Eso de pensar...

—Si es por pensar, no hay peligro—le dijo socarronamente el tío Caracol.

—En lugar de burlarte de tu nena —le respondió Ceferina cada vez más celosa—, harías mejor en adorarla... Esta niña es sucientemente lista para buscarte nuevos golpes.

—¿Qué has preparado?—preguntó en voz baja el tío Caracol.

—¿No lo supones?... Un interior de primera. Muebles y joyería. El propietario es el señor de San Hirioux... su esposa y otra señora con un hijo. El señor se embarca mañana por la tarde con su esposa, para las colonias. ¡Bah!... La otra señora quedará sola con el niño.

—Es un negocio bien preparado —exclamó el tío Caracol—. ¿Y en qué barrio?

—En St. Cloud... cerca de París.

—¡Estupendo!—exclamó el tío Caracol—. Es un barrio desierto.

Mañana, por la noche, manos a la obra.

Ella le miró provocativa y respondió:

—¡El día de tu regreso a París!... Ya tendrás tiempo.

—Es que no me gusta estar ocioso.

—Bueno, ya veremos lo que se hace. Julio nos llevará en su camión. Me lo ha prometido.

Y mientras aquellos dos seres sin escrúpulos ni sentimientos preparaban el golpe que habían de dar al día siguiente, en la misma mansión donde debía realizarse el robo empezaban a dibujarse las características de una enorme tragedia que poco después debía tener su desarrollo.

En la suntuosa mansión de los señores de Kerlor, Jorge de Kerlor y su esposa Elena eran lo que se dice un matrimonio feliz. Habíanse casado plenamente enamorados el uno del otro y jamás hubo en su matrimonio la menor sombra que pudiera empañar aquella felicidad sin límite. Para Elena, su marido era una especie de ídolo a quien le confiaba hasta sus más pequeños pensamientos, y él podía leer en su corazón como en un libro abierto.

De aquella unión nació un precioso niño que apenas si contaba con dos años. Era el colmo de aquella

dicha, y los enamorados esposos se paseaban el día tras el pequeño, adivinando sus más nimios deseos.

En el cuarto de Juanito se amontonaban los juguetes que diariamente le traía su padre; pero entre todos, el que más le llamaba la atención era un perro de trapo con el que el chiquillo se pasaba las horas jugando, y hasta muchas veces había que acostarlo con él. Era su juguete favorito, y aun cuando otros nuevos venían continuamente, Juanito no abandonaba a su perro por nada del mundo.

Con los esposos había ido a vivir la hermana de Jorge Kerlor, Carmen, actualmente esposa de San Hirioux. Hacía unos días que se habían casado y su marido tenía que partir inmediatamente para una misión a las colonias. Era San Hirioux un hombre de mucha más edad que ella, y de un carácter violento y celoso. Sospechaba, y estaba en lo cierto, de que su esposa no estaba enamorada de él y que había contraído matrimonio cediendo a las constantes insinuaciones de su familia; pero lo que jamás llegó a adivinar era que su esposa había sostenido relaciones con un oficial del ejército, de quien seguía enamorada.

Carmen había sabido tener bien ocultas estas relaciones, y nadie de la familia supo nada de ellas. Los

dos enamorados se veían a solas y procuraron evitar tan bien toda sospecha que sus amores pasaron inadvertidos hasta para sus mismos familiares.

No obstante, de aquellas relaciones nació un niño, un hijo que venía a tener la misma edad que Juanito, y cuya existencia tan solamente conocían el capitán Roberto d'Alboize y Carmen.

Cuando Roberto supo la noticia del casamiento de Carmen, puso el grito en el cielo. Estaba locamente enamorado de ella y procuró, por todos los medios, evitar aquella unión. Mas todo fué inútil, Carmen tuvo que ceder a las exigencias de su familia y procuró convencer a Roberto que su boda no sería obstáculo para que siguesen viéndose y amándose como antes.

Accedió, muy a pesar suyo, el capitán, pues su honor le impedía aquel acto; pero todo lo subordinaba al amor que sentía por la única mujer a quien había amado. Mas cuando se enteró de la marcha de ésta a las colonias, fué cuando quiso hacer valer sus derechos de padre y la amenazó con denunciar sus amores si efectuaba el viaje.

La situación de la infeliz Carmen era difícil en extremo. Conocía la rectitud de conducta de su hermano y no podía confiarse a él, antes

bien, temía que Roberto llevase a cabo su amenaza, y para evitarla, aprovechó el viaje de su hermano para confiarse a su cuñada, a quien puso al corriente de todo, rogándole que fuese a ver al capitán para que éste le entregase sus cartas y le persuadiese de que la dejara sola con su desgracia.

Elena comprendió en seguida la tragedia que se avecinaba. Si el capitán osaba descubrir sus amores con Carmen, su marido sufriría el dolor más grande de su vida. Ya no se trataba solamente de la felicidad de su cuñada, sino que era también la de su marido la que se jugaba, y para evitar esto, decidió ir ella misma a entrevistarse con el capitán y pedirle las cartas.

El mismo día de la partida, Juanito, al levantarse y no ver a su madre, salió en busca de su tía, que estaba en el piso de abajo, y le preguntó desde las escaleras que conducían al vestíbulo:

—Buenos días, tía Carmen. ¿Y mamá?

—Buenos días, precioso — respondió su tía, haciendo ademán de ir por él. Pero el chiquillo protestó diciéndole:

—No te muevas, quiero bajar solo.

Lo hizo así, y una vez que estuvo con su tía, le volvió a pregun-

tar, con esa curiosidad tan propia de todos los chiquillos:

—Dime, tía Carmen: ¿por qué se ha marchado mamá?

—Ya te lo he dicho, Juanito —respondió la joven—. Ha ido a saber noticias de la abuelita que está enferma.

—¿Y cuándo regresará?

—No regresará hasta mañana, pequeño; el ir y venir de Normandía no se pudo hacer en un día... Está lejos el hermoso parque de Kerlor donde tú pasas las vacaciones.

—¿Y papá, sabes si regresará pronto?—preguntó el niño.

Esta circunstancia de tener que estar su esposo veinte días fuera todavía, fué lo que más animó a Elena a hacer aquel viaje, pensando que tenía tiempo sobrado para la ida y la vuelta, sin que su marido supiese nada.

Al mismo tiempo que Carmen estaba dando estas noticias a su sobrino, entró su marido, con quien había discutido acerca de la inconveniencia de aquella precipitación del viaje y le dijo:

—¿Supongo que no querrás retrasar nuestra partida hasta que regrese tu hermano?

—Es natural que así lo desee.

—Sin embargo, es imposible —respondió el señor de San Hirioux—. Una misión importante me ha sido ofrecida en el Japón... Deberías estar contenta: honores, fortuna...

—...y el destierro—terminó diciendo ella, a quien aquel viaje destrozaba por completo su vida y sus amores.

Y sin querer el señor de San Hirioux entablar nuevamente discusión sobre la marcha, ya que estaba decidido a ello, dejó a la tía y al sobrino.

UN ACCIDENTE MORTAL

MIENTRAS tanto, Elena había llegado a Tours, que era donde se hallaba de guarnición el capitán Roberto d'Alboize. Iba segura de poder rescatar aquellas cartas que comprometían el honor de su cuñada y, por tanto, el de su marido. Fiaba en la caballerosidad del capitán y estaba persuadida de que con poco que hiciese obtendría la entrega de aquellas cartas.

Cuando subió al piso donde habitaba el oficial, el corazón le latía aceleradamente, como si fuese ella la culpable. Y es que Elena jamás había ocultado a su esposo ninguna de sus acciones, y era ésta la primera vez que hacía algo sin el consentimiento suyo.

Llamó al timbre y salió un ordenanza a recibirla.

—¿A quién tengo el honor de anunciar?— preguntó el ordenanza.

—Dígale que una dama desea verlo— respondió Elena, sin querer dar su nombre al ordenanza.

Cuando este pasó el recado, Roberto supuso que sería Carmen. Nadie más que ella podría venir a verlo y en esta seguridad la hizo entrar, diciéndole:

—Carmen... ¡Por fin!

Mas al darse cuenta de quién era su visitante, cambió su actitud amorosa por otra de respeto, y se apresuró a rectificar exclamando extrañado:

—Señora de Kerlor... ¿Usted?

—Sí— respondió Elena, haciendo

un gran esfuerzo para conservar su sangre fría—. No he vacilado en venir sola, en secreto, como si fuera una culpable, para salvar el honor de una desgraciada que es la hermana de mi marido.

—No la comprendo — respondió el capitán, afectando una ignorancia que bien a las claras se veía que era fingida.

—Hablemos claramente — exclamó Elena—. Lo sé todo y por eso vengo. Es inútil que firja conmigo.

Roberto d'Alize hizo un gesto como quien se da por vencido y Elena continuó diciéndole:

—Sé que es usted, desde hace tres años, el amante de la señora de San Hirieux..., mi cuñada...

—Señora...—se atrevió a murmurar el capitán.

—No es necesario que usted me lo confiese. Ya sé que su caballerosidad no se lo permite, pero ella misma me lo ha confesado todo en un momento de desesperación. Gracias a Dios, he podido hacerla volver al cumplimiento de sus deberes y he venido aquí con la certeza, señor, de que le haré comprender cuáles son los suyos también.

—¿Entonces?...—preguntó tímidamente Roberto d'Alboize.

—Pues que es preciso renunciar a Carmen y dejarla que marche al Japón con su marido...

—Eso no puede ser...—protestó vehementemente el capitán—. Ella me quiere.

—Que ella le quiera o no, eso no importa. Lo importante es que ella tiene deberes para con su marido.

Roberto d'Alboize sonrió irónicamente y respondió en tono despectivo:

—Es un marido con el que ella se ha casado por sumisión a su familia y a disgusto, cuando era tan solamente una niña.

—Sea como fuere, es su marido —exclamó con entereza Elena.

—Sí, ya sé que es su marido—insistió Roberto—, pero eso no quiere decir nada para que no le amo. Yo, en cambio, soy el padre de su hijo.

—Lo sé también... — respondió Elena.

—Lo sabe usted, pero se guarda mucho de decirlo y se calla ahora porque usted comprende que es el lazo indisoluble que nos ata a Carmen y a mí.

Elena no se dio por convencida por aquel argumento, que desde luego tenía suficiente fuerza, e insistió diciéndole:

—Carmen y usted, los dos, se han colocado entre dos deberes irreconciliables. Usted no puede cumplir

uno sin faltar al otro... Es preciso que elija.

—Ya elegí — respondió rápidamente el capitán.

—¿Cuál? — preguntó Elena.

—Quedarme con Carmen.

La actitud de Roberto era tan firme, había en sus palabras tal decisión, que Elena creyó por unos momentos que su viaje no tendría ningún resultado beneficioso. Pero el nombre de su marido, el honor de aquel apellido por quien ella habría dado la vida antes de verlo mancillado, tuvo más fuerza que las mismas palabras del oficial y le dijo:

—Señor, usted que habla de deberes para con su hijo, ¿cree usted que con esto cumple con el suyo?

A Roberto comenzaba a serle ya molesta la intervención de aquella tercera persona, y sin perder la corrección que hasta entonces había tenido, le dijo:

—Señora, yo no he de dar cuenta de mis amores a nadie. No me explico de ningún modo su intervención en ellos.

—Es que, además de Carmen, yo defiendo también la causa de mis seres queridos.

—¿Su causa? — preguntó extrañado el capitán.

—Claro que sí. En sus celos, us-

ted tan sólo ve al señor de San Hirioux... ¿Y mi marido? Tiene un carácter dulce, pero al mismo tiempo es muy violento, muy impulsivo. Si se enterase a su regreso de quién es usted para con su hermana... ¿de qué no sería él capaz?

Roberto se encogió de hombros como indicándole que aquella amenaza no le asustaba. ¿Qué podría suceder? ¿Un duelo? Pues no era él hombre que se asustase ante la muerte.

Elena comprendió que por aquel camino nada conseguiría, y trató de alcanzarlo por otro, diciéndole:

—Yo sé que usted es un hombre de honor... Se lo suplico... Sepa sacriticarse...

Roberto guardó silencio. En su interior se tramaba una lucha terrible. Por un lado el amor y los celos, y por otro, aquel deber que imploraba aquella mujer y aquel sacrificio que le exigía su honor. Pudo por fin éste más que los otros sentimientos y respondió:

—Señora... Diga a Carmen que ya puede partir.

—Gracias, señor muchas gracias — respondió Elena enternecida por la acción del oficial —. Tenga ahora sus cartas... Me las dió Carmen.

Roberto cogió el paquete de cartas que llevaba y las contempló en silencio, como si aquello fuera el

fin de aquellos amores que habían iluminado toda su vida. No supo qué decir y suspiró con tristeza, exclamando:

—¡Mis cartas!

—Comprenda usted que es preciso devolverle las suyas — le dijo Elena, queriendo ganar aquel momento de debilidad del oficial.

—¡Ni siquiera un recuerdo! — dijo y volvió a suspirar el capitán—. No las tengo aquí. Están en mi casa, en el polvorín, a veinte kilómetros de aquí... ¿Cuándo se marcha usted a Tours?

—Mañana por la mañana, a las ocho — respondió Elena.

—A esa hora, mi ordenanza estará en la estación y le entregará sus cartas.

—Gracias, señor, muchas gracias — exclamó Elena, al ver que por fin había triunfado en su loable gestión.

—¿Gracias? ¿Por qué me da usted las gracias? He cumplido con mi deber, como usted dice.

Elena comprendió que no debía seguir más tiempo allí. Su presencia era dolorosa para aquel hombre en quien se adivinaba el gran amor que profesaba a su cuñada, y para evitarlo se despidió de él, después de haberle hecho prometer que el ordenanza llevaría el paquete con las cartas de Carmen.

Pero al mismo tiempo que Elena resolvía de aquella forma favorable el asunto para su cuñada, el señor de San Hirieux, que impulsado por los celos, espiaba constantemente a su mujer, sorprendió que ésta entraba en la Administración de Correos y que retiraba de la misma una carta. Antes de que pudiera evitarlo, se apoderó de ella, y al ver que iba dirigida a la esposa de su cuñado, no se atrevió a abrirla, pero se la guardó, sin querérsela entregar a su mujer. Una vez que estuvieron en la casa, Carmen comprendiendo que iba a perjudicar grandemente a su cuñada, pues conocía la letra de Roberto, le exigió la entrega de la carta a su marido, diciéndole:

—Dame esa carta, yo se la entregaré a Elena.

—¿Y no es lo mismo que se la entregue yo? — preguntó irónicamente.

—Son cosas de mujeres, y para nada debes intervenir — insistió Carmen, temiendo que pudiera extraviarse.

Su marido, ante aquella insistencia, sospechó que algo debía ocultar la carta, y que Elena no quería que lo supiese, por lo que le respondió:

—Pues yo se la entregaré en persona.

Carmen quiso hacer valer su personalidad de cuñada y otra vez insistió.

—Esa carta será yo misma quien se la entregue. Haz el favor de entregármela.

—¿Por qué esas insistencias?

—Porque la carta no es para ti —le dijo Carmen.

—De acuerdo — replicó calmadamente su marido —, pero tampoco es para ti. Te suplico que me excuses por no entregártela, pero un hombre que ame a su esposa, que la vea en el Apartado de Correos con una carta en la mano y que no trate de apoderarse de ella, es incomprensible.

—Pero ya has visto que, en este caso la carta...

—Iba dirigida a Elena de Kerlor — exclamó su marido —. Estoy conforme.

—Lo que prueba la injusticia de tus sospechas.

—De las cuales me he excusado en seguida.

—Entonces, dámela.

—No puedo.

—¿Y con qué derecho la guardas? Es a mí y no a ti a quien ha sido confiada.

El señor de San Hirieux, hombre que tenía del honor un culto

extraordinario, sospechaba de que aquella insistencia de su mujer era debido al deseo de ocultarle algo sospechoso en la conducta de la esposa de su cuñado y, decidido a ponerlo sobre aviso, volvió a decirle:

—Es posible que la carta haya sido confiada a ti, pero lo que es cierto es que yo no admito que tengas un secreto para mí, y esta carta yo la entregaré a su destinatario, mañana a su regreso de Kerlor.

Mientras los dos esposos discutían en el vestíbulo, arriba, en su cuartito dormitorio, Juanito se acostaba, y Brigida, la mujer que lo había criado y lo quería como si fuese un hijo suyo, le decía:

—Ahora di tu oración de cada día, Juanito.

El chiquillo se puso de rodillas en el lecho y comenzó a rezar una oración que decía:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, así sea. Mi buen ángel, protégeme a mi papá y a mi mamá, dadle el pan a los que no lo tienen, haced que yo sea muy bueno y muy obediente. Amén».

Terminada su oración se arrojó en sus ropitas y la sirvienta le dió un cariñoso beso en la frente, diciéndole:

—Que duermas bien, Juanito.

—Ojalá que no sueñe—le dijo el chiquillo antes de que se marchara el ama.

—¿No te gusta soñar?

—No. Me asustan las posedillas... los sueños malos.

—¿Por qué? — le preguntó la criada.

—Porque mi mamita no está en casa.

—Ya llegará mañana, precioso.

—Sí... mañana — respondió el chiquillo sin convencerse—; pero esta noche no estará conmigo... Si al menos mi papaito hubiera regresado...

—Dentro de unos días llegará..., ya lo verás...

—¡Qué alegría!... Oye, ¿qué es ser huérfano?

—Ser huérfano es el niño que no tiene papá ni mamá.

—Oh, qué molesto debe de ser el ser huérfano.

—Pero tú no lo eres, a Dios gracias.

—Sí, pero yo esta noche no tengo papá ni mamá, de modo que soy un huérfano.

La criada comprendió que lo que quería el niño era no quedarse sólo y que toda aquella conversación era una manera para impedirle que saliera, por lo que le dijo cariñosamente:

—Vamos, Juanito, no hables más y duerme bien.

Apagó la luz, y poco a poco toda la suntuosa mansión de los señores de Kerlor fué quedando sumida en la obscuridad y sus habitantes fueron retirándose cada uno a sus respectivas habitaciones a descansar.

A la mañana siguiente, tal y como había prometido el capitán Roberto d'Alboize, hizo un pequeño paquete con todas las cartas que tenía de Carmen y se dispuso a cumplir lo que le había prometido a Elena de Kerlor.

Para el enamorado, la entrega de aquellas cartas, único recuerdo que le quedaba de sus desgraciados amores, era un verdadero sacrificio, mas durante toda la noche había estado reflexionando y de estas reflexiones sacó la conclusión de que aun cuando para él era un gran dolor, no tenía más remedio que someterse a las circunstancias y devolver las cartas antes de que sobre su amada pudiera recaer ninguna sospecha. Era aquel acto la mayor prueba que daba de su cariño a Carmen, y para que estuvieran en poder antes de la partida del tren, llamó a su ordenanza y le dijo:

—Voy a confiarte una misión muy delicada, Brisquet.

—A sus órdenes, mi capitán

—respondió el soldado, que sentía un gran afecto por su jefe.

—Toma. Aquí tienes unas cartas que son para mí un verdadero tesoro. Es necesario que estés en la estación del Norte antes de media hora. Allí encontrarás a la señora que vino ayer a visitarme. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, mi capitán—respondió el soldado.

—Pues bien: a ella únicamente entregarás esas cartas. Lo oyes bien, a ella únicamente.

—Descuide, mi capitán — respondió el soldado.

Cogió la moto y salió hacia la estación disparado, comprendiendo que tenía el tiempo justo si quería llegar antes de la salida del tren. Llevaba ya andada cerca de la mitad del camino, cuando el Destino, adverso, vino a ponerse en su ruta para impedir que las cartas pudieran llegar a su destinatario. Una piedra que había en el centro de la carretera y que Brisquet no vió, desvió tan rápidamente la moto que ésta vino a chocar contra la cuneta de la carretera, despidiendo violentamente a Brisquet, que quedó tendido allí, con la cabeza rota del porrazo.

Mientras tanto, en la estación, Elena de Kerlor esperaba la llegada del soldado que había de entregarle las cartas, y los minutos pasa-

ban sin que éste apareciese. La impaciencia de la mujer era cada vez mayor a medida que las manecillas del reloj de la estación se iban acercando a la hora en que debía partir el tren.

Por fin sonó un silbato indicador de que el tren iba a ponerse en marcha y poco después partía éste, sin que Elena pudiera recoger aquellas preciosas cartas que tanto comprometían la honra de su cuñada.

Un transeúnte que pasó y vió a Brisquet en la carretera se apresuró a dar parte del hecho y poco después el infortunado ordenanza era transportado al hospital de Tours para ser operado.

Al mismo tiempo que él entraba, sor Modesta se despedía del tío Caracol, y le decía:

—Ya sé que se marcha usted hoy y que ha querido verme.

—Es cierto. Y antes de salir, querida hermana, yo quisiera prometerle algo que le causara placer... Me casaré como Dios manda.

—Haces bien, hijo mío—le dijo la Hermana creyendo de buena fe las palabras del tío Caracol—. Además, siga siendo un trabajador honrado y no abandone nunca el buen camino.

Iba a responderle el tío Caracol, cuando entró en aquel instante Bris-

quet en una camilla, y la Hermana, al reconocer al herido, exclamó, santiguándose:

—¡Dios mío!, pobre chico. Llévenlo a la sala de espera... Voy en seguida a buscar al doctor Humberto.

El desgraciado ordenanza cada vez se acercaba más a la muerte, y apenas si podía abrir los ojos. El tío Caracol lo miraba compadecido, cuando advirtió que el herido abría los ojos y exclamaba casi sin fuerzas:

—La ca... car... te... ra...

El tío Caracol advirtió que algo de importancia debía llevar oculto y, rápido como el pensamiento, se apoderó de la cartera y la ocultó en sus bolsillos. El herido, al ver que le robaban las cartas que le había confiado su jefe, movía los labios como queriendo pedir algo, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles.

Llegó el médico acompañado de

un soldado enfermo: quien al ver al herido exclamó:

—¡Si es Brisquet!

—¿Tú conoces a este chico? —preguntó el doctor.

—Claro que sí; es el ordenanza del capitán d'Alboize. Se entristecerá mucho el capitán cuando se entere de que el pobre se ha roto la cabeza. ¿No hay un teléfono por aquí para que yo avise al capitán?

—Sí, allí donde está el conserje.

El médico condujo al herido a la sala de operaciones, y cuando una hora después llegó el capitán y ya el tío Caracol estaba fuera del establecimiento, le dijo:

—Mi capitán, todo ha terminado. El pobre muchacho ha muerto.

Lo primero que hizo el capitán fue buscar el paquete de cartas que le había entregado, y al ver que no estaban en su poder, sospechó que las habría entregado a su destinataria y que había sido al regreso cuando tuvo el accidente.

LA MALDAD DEL TIO CARACOL

CUANDO una hora después el tío Caracol se reunía con Ceferina, para marchar hacia París en el mismo camión que el día anterior la había traído a ella, le contó a su amiga el robo de la cartera y de cómo se había apoderado de ella, diciéndole:

—Figúrate, la cartera estaba hinchada como un globo y yo me dije: serán billetes de a mil y mi Ceferina va a ser rentista.

—¿Rentista yo? He aquí un oficio que me hubiera gustado.

—En seguida que estuve solo, la abrí...

—¿Y qué? —preguntó ansiosamente ella.

—Pues que ocurrió que los billetes de a mil eran unos papeluchos.

—¿Cartas de negocios? —preguntó Ceferina.

—No... ni eso siquiera... Son cartas de amor.

—¿Las has leído? —preguntó ella.

—Sí, algunas solamente... Además, todas decían lo mismo... ¡Qué bobadas decían!... Tus ojos en mis ojos... tu corazón palpitante y el mío palpitando...

Ceferina se cogió a su brazo melosamente y le dijo:

—¡Ay!, si tú me dijeras eso de vez en cuando...

—Déjate de cuentos y no te pongas tierna, que esta noche hay trabajo.

Ceferina le miró desesperada, pero cómo comprendía que no podría evitar el que aquella misma noche el

rio Caracol comenzara su oficio de desvalijar la vivienda del prójimo, no tuvo más remedio que callarse y esperar esperanzada de que el «asunto» no fuera muy largo.

A la mañana siguiente, o sea la del mismo día en el que Ceferina y el tío Caracol se dirigían hacia París, en la mansión de los señores de Kerlor, el cuñado de aquél le dijo a su mujer:

—Todo está ya preparado para la marcha. Esta tarde saldremos sin haber tenido el placer de haber saludado a tu cuñada.

—Yo creo que sí — respondió Carmen—. Elena regresará de un momento a otro.

Carmen no quería abandonar París sin la seguridad de tener otra vez en su poder las cartas que había enviado a Roberto. Esperaba la llegada de su cuñada, a quien creía portadora de aquellas cartas, y retrasaba todo lo que podía la partida para dar tiempo al regreso de Elena.

Sonó el timbre de la puerta y Carmen, creyendo que era su cuñada, le dijo a su marido:

—Estoy segura que es Elena.

Salió un criado a abrir y al ver que se trataba de Jorge de Kerlor que regresaba mucho antes de los días que él había creído, exclamó alegremente:

—¡Cuánto me alegra de volver a ver al señor!

—Hola, buenos días, Fermín—dijo Jorge alegremente.

Carmen, al oír su voz, corrió a su encuentro y se abrazó a él exclamando:

—¡Jorge, hermano mío!

—Querida Carmen — respondió Jorge, devolviendo el abrazo.

—Veo que has precipitado tu regreso—le dijo Carmen.

—Sí; en casi tres semanas, y no lo he advertido a nadie para que la sorpresa fuese mayor...

Miró a su alrededor, buscando a su hijo y a su esposa, y al no verlos preguntó:

—¿Y Elena?

—Elena... pues... ya verás.

—¿Qué pasa?—preguntó alarmado Jorge, creyendo que se trataba de alguna enfermedad.

—No, nada, tranquilízate — le respondió su hermana—. Es que ha ido a Kerlor, pero debe regresar de un momento a otro.

—¿A Kerlor?—preguntó extrañado su hermano—. ¿Y qué es lo que ha ido a hacer?

—Ha ido a ver a nuestra madre para tranquilizarme.

—¿Para tranquilizarte?... ¿Y por qué?

Carmen se daba cuenta de que cada vez estaba enredando más el

asunto, y para evitar una contestación más categórica a la pregunta de su hermano, cambió la conversación preguntándole:

—¿Es que no sabes que nos vamos al Japón?

—Sí; ¿y qué tiene eso que ver?

—Pues que la marcha es hoy mismo.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con la marcha de Elena a Kerlor?

—Pues que la semana última me fui a pasar unos días a casa de mamá para despedirme de ella, y no la encontré muy bien.

Antes de que Jorge pudiera responder, apareció su cuñado, que acudió inmediatamente a saludarlo diciéndole:

—¡Oh, amigo mío!, ¿pero eres tú? ¡Cuánto me alegra verte!

—¡Mi querido San Hirieux! — respondió Jorge abrazándole.

—A Elena le sabrá mal el no haberse encontrado aquí para recibirte.

Se oyó la voz de Juanito que bajaba de su dormitorio y que decía a Brígida:

—Oigo que andan por el hall... Apuesto a que es mamá que ya ha regresado.

Salió a la escalera, gritando al mismo tiempo:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Ah, no es mamá, es papá!

Su padre corrió a abrazarlo, y cuando lo tuvo en sus brazos le besó varias veces, diciéndole:

—¡Qué hermoso eres, pequeño!

Sonó nuevamente el timbre de la puerta, y Fermín fué a abrirla. Era Elena de Kerlor que llegaba en aquel instante, ajena a que su marido había regresado, y le dijo al criado:

—Buenos días, Fermín.

—¡Ah, señora—exclamó el sirviente—, qué alegría para la señora!... ¡El señor...!

—¿Qué? — preguntó sorprendida Elena.

—El señor ha regresado.

Juanito seguía jugando con su padre y le decía al mismo tiempo a Brígida:

—Ya no soy huérfano.

—Señorito Juan — le respondió Brígida— Ya es la hora del paseo. ¿Ha tenido el señor un buen viaje?

—Muy bueno; gracias, Brígida. Llévase al pequeño a paseo.

Elena, que había corrido en busca de su marido, se abrazó a él diciéndole emocionada:

—Apenas puedo hablar para decirte lo feliz que soy con tu vuelta.

Jorge la miró complacido. Cada vez estaba más enamorado de su mujer, y le respondió orgulloso de su belleza:

—No es preciso que hables, Elena.

—Tú lo eres todo para mí— siguió diciéndole ella—. Te miro y no puedo creer que estés otra vez a mi lado. Ya no estaba acostumbrada a esa felicidad. Hace tantos días que no te veo...

—Y dime, querida—le preguntó Jorge—. ¿cómo se encuentra mi madre?

—Bastante bien, según creo — respondió Elena; que no sabía nada de lo que habían hablado los dos hermanos.

—¿Cómo, «según crees»? ¿Pero no vienes de verla?

Carmen intervino rápidamente para evitar que su cuñada pudiera decir la verdad de su viaje y exclamó:

—No sé ni lo que me digo... Aun me encuentro tan cansada..., tan turbada...

—¿Y qué tal está mi madre?... — volvió a preguntar Jorge.

—No te inquietes... Está bien —le respondió su esposa.

El marido de Carmen, después de saludar a Elena, llamó a su marido diciéndole:

—Jorge, ¿puedes concederme un momento antes de mi marcha?... Tengo muchas cosas que decirte.

—Pues no faltaba más — respondió Jorge, siguiéndole a su despacho.

Al quedar solas las dos cuñadas,

Elena se volvió a Carmen, preguntándole:

—¿Por qué has dicho a Jorge que yo estaba en Kerlor?

—Era necesario explicar tu ausencia y, no encontré mejor motivo.

—Es cierto, pero me has obligado a mentir — replicó de malhumor su cuñada—. Este regreso que yo esperaba con tanta alegría lo ha estropeado una mentira..., la primera mentira... por tu culpa.

—¡Elena! — le suplicó casi llorando Carmen.

—Perdóname, no he sabido contenerme... Puedes estar tranquila, por parte de Roberto. Lo he visto y te deja marchar con tu marido... Te advierto que no ha sido sin un gran esfuerzo... Y ahora me toca a mí pedirte algo. Créeme, Carmen, renuncia para siempre a ese vínculo culpable... Es la única manera con que podrás recompensarme de lo que acabo de hacer por ti.

—Elena..., escucha—comenzó a decir Carmen para justificar su actitud.

—¿No es bastante? — preguntó asustada Elena.

—¿Me perdonarás tú?

—Habla, mujer; ¿cómo quieres que te perdone si no sé lo que vas a decirme?

—Yo no te dije jamás que Rober-

to me escribía a lista de Correos, y a tu nombre.

Elena se levantó excitadísima. Jamás hubiera podido creer que su cuñada se atreviera a tanto, y exclamó:

—¿Qué dices?

—Sí, Elena. Pues bien; mi marido, que me había seguido, se ha apoderado de una carta.

—¿Pero cómo te hacías dirigir a mi nombre esas cartas de tu amante... arriesgando mi reputación?

—En ausencia de Jorge eso no tenía para ti ningún peligro—le dijo su cuñada—; mientras que yo, mi marido... y además, en fin, no he reflexionado las consecuencias de mi acción.

—¿Y entonces, esa carta?—preguntó Elena.

—Mi marido te la quiero entregar a ti misma.

—¿Delante de Jorge?—preguntó sobresaltada Elena.

—Quizás... yo no sé—respondió agobiada Carmen, que iba dándose cuenta de la difícil situación en que había colocado a su cuñada—. Pero, serénate. Yo le dije que se trataba de una buena obra; es preciso que conserves toda tu sangre fría hasta el final para salvarme.

Elena estaba desesperada. Jamás había engañado a su marido con la menor mentira y al ver ahora que

tenía que hacerlo, exclamó angustiada:

—Y, claro, una mentira arrastra otra mentira... ¿Y si Jorge sospecha?

Carmen quedó unos segundos pensativa. Comprendía que si Jorge llegaba a sospechar algo, ella no podía exigir a su cuñada que llevase su acción hasta el punto de sacrificarse por ella, y exclamó decidida:

—Eso no lo perdonaré nunca—le advirtió Elena.

—Sé generosa—volvió a insistir Carmen—. Tú tienes por esposo al hombre que amas... tú abrazas a tu hijo todas las noches, tú debes tener piedad de mí.

La conversación de las dos mujeres quedó interrumpida al oír que llegaban los dos hombres y que el señor de San Hirioux le decía a su cuñada:

—En fin, querido Jorge, velad por mis intereses durante mi ausencia, como yo velaría por los vuestros.

Se dirigió a su esposa, y como quien ya no tiene nada que decir, le dijo:

—En fin, ya ha llegado el momento de la despedida... ¿Estás ya preparada, querida?

—¡Valor!—le dijo en voz baja Elena a su cuñada.

—Cuando tú dispongas—respondió Carmen.

Antes de despedirse el señor de

San Hirieux, como quien de pronto se acuerda de algo que no tiene importancia, le dijo a Elena:

—¡Ah, mi querida Elena, tengo algo que devolverle!

Elena hizo un esfuerzo para permanecer serena y que su esposo no advirtiese nada y exclamó indiferentemente:

—¡Ah!, sí, una carta..., ya sé.

—¿Lo sabía usted? — preguntó algo extrañado el señor de San Hirieux.

—Sí, yo había encargado a Carmen que fuera a recogerla por mí.

El señor de San Hirieux quedó algo confuso, creyendo de buena fe que era lo que su esposa le había dicho y se excusó diciéndole:

—Entonces debo presentarle mis disculpas por haber averiguado el secreto de sus limosnas.

—Por Dios, no tiene importancia ninguna—terminó diciéndole Elena, al mismo tiempo que recogía la carta y la dejaba sobre la mesa, sin hacerle caso, dando a entender con ello que el contenido de la misma no le interesaba mucho.

Su esposo sonrió ante la confusión de su cuñado y exclamó riendo:

—¿Es usted, San Hirieux, quien sirve de cartero a mi esposa?... ¿Y qué es esa carta misteriosa..., un mensaje diplomático?

Carmen, tamiendo que su herma-

no pudiera exigir el secreto que contenía aquella carta se apresuró a intervenir diciéndole:

—Es un acto de abnegación que tu mujer realiza. Tú sabes bien que los únicos secretos que ella tiene son de esta clase.

San Hirieux miró su reloj de bolsillo y, advirtiendo que tenían el tiempo preciso para llegar al aeródromo, exclamó:

—Vamos, en marcha.

Se despidieron todos, trajeron a Juanito para que besara a sus tíos, y el chiquillo en cuanto oyó la bocina del coche que se marchaba les dijo a sus padres:

—Ya estarán en Kerlor.

—No, querido — le dijo su padre —. No es a Kerlor a donde ellos se dirigen. Somos nosotros los que llegaremos a Kerlor mañana por la noche.

Elena, al oír a su marido que pensaba marchar al día siguiente a Kerlor, sintió que la sangre se le helaba en las venas. Comprendía que aquel viaje descubriría la mentira de que ella no había ido a ver a su suegra, y sin saber lo que se decía, presa de un pánico atroz, exclamó:

—No, a Kerlor, no.

—¿Por qué?—preguntó extrañado su esposo—. Tú llegas de allá, ya lo sé, pero yo tengo prisa por abrazar a mi madre.

Elena se dió cuenta de que había estado a punto de descubrirse y le respondió, pasándose una mano por la frente:

—Es verdad... Perdón...; estoy muy nerviosa en este momento.

En aquel momento entró un criado y se dirigió a Elena, diciéndole, al mismo tiempo que le entregaba un telegrama:

—Un telegrama para la señora....

Elena abrió el telegrama y leyó su contenido, en el cual se le decía que la madre de Jorge se hallaba muy grave y que era precisa la presencia de éste allí.

Desgraciadamente, todo iba de tal forma complicándose que la pobre mujer se veía indefectiblemente cogida en un lazo que jamás hubiera sospechado.

Jorge, al ver el semblante de su esposa, le preguntó ansiosamente:

—¿De qué se trata?

—Nada... nada... — respondió Elena sin saber qué decirle.

—Es alguna mala noticia—exclamó, seguro de ello, su esposo—. Estás trastornada. Dame el telegrama.

—No, no—se negó su mujer.

—¡Cómo! —preguntó extrañado Jorge—. ¿No quieres darme el telegrama?

El ama, al ver a los dos esposos discutiendo, comprendió que su pre-

sencia era indiscreta y llamó a Juanito, diciéndole:

—Es hora de ir a dormir, señorito Juan.

—Buenas noches, mamita—dijo el niño, besándola. Y lo mismo hizo con su padre, dándole también las buenas noches.

Quedaron solos los dos esposos y Jorge insistió de nuevo:

—¿Ese telegrama es de Kerlor?

—Sí—le respondió ella.

—¿Mi madre, acaso?

—Sigue enferma...., en cama...., no te inquietes.

—Que no me inquiete—exclamó nerviosamente Jorge—, cuando te veo preocupada y no quieres tú decirme...

—Mira, Jorge, mañana partiremos para Kerlor—le dijo dulcemente ella—; tu madre se encontrará mejor, sin duda.

—Pero esta misma mañana tú la habías dejado y se encontraba bien —le dijo su esposo—. Esto es muy raro.

—No te extrañe. Se ha empeorado un poco, de pronto...

—¿Y quién manda ese telegrama?

—El doctor Aubert.

—Entonces es que mi madre ha muerto — exclamó desesperado Jorge.

—No, Jorge. Está viva... Muy en-

ferma, pero vive... Te juro que te digo la verdad.

—Entonces, ¿por qué me ocultas ese telegrama?

—Para ahorrarte toda inquietud.

—Pero no comprendes que así la redoblas—exclamó Jorge entre suplicante y autoritario.

Y, antes que ella pudiera impedirlo, se apoderó del telegrama y leyó su contenido, que decía:

«La condesa muy mala desde hace tres días. Esperaba verlos en Kerlor después de la marcha de Carmen».

Jorge de Kerlor se quedó mirando fijamente a su mujer, que no sabía qué resolución tomar, y al fin le dijo:

—Este telegrama ha sido expedido a las quince y tú habías dicho que te habías despedido de mi madre esta mañana.

—Jorge—suspiró la pobre mujer sin saber qué decir.

—¡Tú no has ido a Kerlor!

—No — confesó ella, creyendo que lo mejor era decir la verdad de cuanto había ocurrido, pues para Elena lo principal era conservar su honra y el amor de su esposo.

—Entonces...—siguió diciéndole éste—tu viaje... tu estancia cerca de mi madre todo son mentiras... Desde que estoy aquí, desde que me has visto, cada palabra que me

has dicho era una mentira... Tú me has mentado... ¿me has mentado?... ¿Por qué?

Elena quería confesar toda la verdad y le respondió:

—Sí, es verdad... te he mentado, pero ha sido a pesar mío...

—¿Y por qué me has mentado?

—¡Por Dios, Jorge—le suplicó ella—, no trates de interrogarme!

Jorge la miró fijamente. Una duda cruel pasó por su imaginación, y exclamó:

—Llevas razón. Hay cosas que un marido debe ignorar para...

Elena le pareció leer en su pensamiento aquella duda y se abrazó a él, exclamando:

—¿Sospechas de mí?

Jorge se llevó las manos a la frente, rechazó suavemente a su mujer y exclamó:

—No... no... no quiero dudar de ti... Eso sería demasiado horrible, no lo quiero. Olvida lo que acabo de decir; piensa que te amo como un loco, que desde hace tiempo estoy lejos de ti, que he sufrido allí todas las torturas de los celos. Perdóname, quiero creerte, mejor dicho, te creo... Sí, sí, te creo.

—Sí, Jorge — siguió diciéndole ella —. Es necesario que me creas, es preciso que me des una prueba de confianza y de amor y que no me interrogues.

—¿Cómo? — preguntó sorprendido su esposo al oír nuevamente la palabra interrogatorio. — ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que es preciso que me creas, Jorge. Te lo pido por ti, para ahorrarte una preocupación y una pena.

—Pero al menos me dirás...

—Te lo suplico, Jorge—insistió ella.

Jorge la tomó suavemente por las manos, la atrajo hacia él y le dijo cariñosamente:

—Veamos. Me he dominado en el primer momento de rebeldía y de cólera y estoy seguro de que vas a darme una explicación muy natural, muy sencilla de todo eso...

—Créeme bajo mi palabra — le suplicó Elena, cada vez más angustiada.

Jorge empezaba a sentir nuevamente el dardo de los celos. Ahora ha a su mujer con verdadera locura, como acababa de decir, y aquella sencilla explicación no podía satisfacer a su corazón enamorado.

—No olvides que acabas de mentirme y no me pidas demasiado—le exigió.

—Eres cruel, Jorge — le dijo ella, desafiándose de él.

—Eso no es una respuesta—insistió su marido—. ¿En dónde estabas tú? ¡Respóndeme! Basta de reticen-

cias y basta de mentiras, ante todo dime qué dice esa carta.

—¿Qué carta? — preguntó Elena, que ya no se acordaba de ella.

—Esa carta misteriosa que te ha entregado San Hirioux y que tú ni siquiera has leído... ¡Ah, ya veo en tu cara que encontré la llave del enigma, porque tú no te turbarías de esta forma si no fueras culpable.

—¿Culpable yo? — exclamó Elena, defendiéndose contra aquella acusación tan injustificada.

Pero Jorge de Kerlor ya no era dueño de su voluntad. Los celos le cegaban, le atormentaban, le impedían pensar en otra cosa que en el desamor de su mujer y exclamó fuera de sí:

—¡Dame esa carta si es que no quieres hablar!

Elena comprendió que ya nada impediría a que su marido sospechara de ella, pero antes que aquello, estaba dispuesta a decir toda la verdad, a acusar a su cuñada. Ella quería que su amor saliera tan sin sospecha como siempre había estado y, por lo mismo, al ver a su esposo en aquella actitud exclamó:

—Voy a dártela y te lo diré todo. Será peor, puesto que tú lo has querido. Y no puedo por más tiempo dejarme acusar por otra...

—¿Por otra?... ¿Y quién es esa otra?—preguntó Jorge.

—Carmen—le contestó Elena.

—¿Mi hermana?

—Sí, ése era el secreto que yo quería guardar. Toma la carta.

Jorge leyó su contenido, y a medida que iba leyendo sentía como si una nube le nublara la vista. ¿Era aquello posible?... ¿Sería verdad que Elena le hubiera podido engañar con tanta hipocresía, y después de leerla en voz baja, volvió de nuevo a su lectura y se detuvo en un párrafo que decía:

«Yo te espero hoy, es preciso que vengas, yo lo quiero y tengo el derecho de ordenártelo. Yo, que soy el padre de tu hijo, tu verdadero marido delante de Dios».

La carta iba sin dirección, y, Jorge, temblándole la voz, como quien está atacado de un ataque de nervios, le dijo:

—¿Qué esperas encontrar en esta carta, que no has leído, para creer que ella te iba a disculpar?

—Elena cogió la carta y leyó también lo que decía, exclamando al final de la lectura:

—Esta carta...

—Está dirigida a ti y no a Carmen

—le interrumpió su marido.

—Es de Carmen—insistió ella.

—No ofendas a quien no puede defenderse—exclamó su marido—, Carmen no tiene hijo y tú tienes uno.

Elena se dió cuenta hasta donde le llevaban los celos y, asustada, como si estuviera loca, exclamó:

—¡Jorge!

—Sí, y tu traición no es de ayer... data de los primeros años de nuestro matrimonio, es de entonces tñ infamia.

—¡Jorge!—siguió diciéndole ella e intentando abrazarse a él— Eres juguete de un error espantoso.

El la rechazó violentamente, como jamás ella hubiera podido sospechar y siguió diciéndole:

—¡Sólo palabras! Eso es lo que solamente encuentras para engañarme todavía. Pero yo tengo hechos, tengo pruebas. Ahora dime el nombre de tu amante. Esta carta ni siquiera está firmada. Lleva su cobardía hasta ese extremo... ¡Dime su nombre!

—¡Yo no tengo amante!—protestó con orgullo ella— Yo no tengo que avergonzarme de nada.

—No me lo dirás, ya lo sé, no me lo dirás porque tiembles por él... porque le amas... le amas porque es el padre de tu hijo...

Ella, a pesar del dolor que sentía por sí misma, sufría también al ver el estado de su esposo. Comprendía el sufrimiento que en aquellos instantes experimentaba Jorge y se acercó nuevamente a él para suplirle:

—Te estás volviendo loco, Jorge...

—Es el padre de tu bastardo—segula repitiendo su esposo, como si quisiera clavar en su mente aquella palabra.

—Jorge, yo te ruego, yo te suplico que me escuches.

—¡Vete!—le gritó su esposo sin poderse contener.

—Jorge, escóchame, créeme...

—¡Vete!—le dijo de nuevo, fuera de sí— Vete o siento que voy a matarte...

—En nombre de nuestro amor, te suplico...

—No me hablas de nuestro amor. Todo has ido mentira. Me has engañado, te has burlado de mí del inmenso amor que por ti he sentido...

Vete de mi vista, porque no respondo de lo que haría...

Elena comprendió que era inútil insistir en aquel instante. Cuanto hiciera sería excitar más aún a su marido y pensó que tal vez al día siguiente podría convencerle de su inocencia. Estaba segura de que él mismo comprendería la verdad de todo cuanto había ocurrido y que habría de perdonarla el no haberle querido decir antes toda la verdad.

Y ante este pensamiento y para evitar que su marido pudiera excitarse más, se fué a sus habitaciones. Antes entró en la de su hijito y le besó amorosamente, pensando con horror en la palabra que le había llamado su padre: «bastardo».

UNA VENGANZA HORRIBLE

JORGE de Kerlor quedó solo en las habitaciones de abajo. Su cerebro apenas si funcionaba. Había sido tan rudo el golpe que no lo podía resistir. El, que había vuelto de aquel viaje, después de varias semanas, con el ansia de encontrarse nuevamente con su esposa, de proseguir aquel idilio que no había podido interrumpir sus años de matrimonio, se encontraba de pronto con la infidelidad de quien jamás habría dudado. Y luego aquel hijo, aquel niño a quien él le había hecho objeto de las más tiernas caricias, recibía los besos de quien debía odiarle con toda su alma. Y en lucha con todos estos pensamientos permaneció largo rato sin saber qué actitud tomar.

Mientras tanto a pocas millas de

allí el carronato donde vivían Ceferina y el tío Caracol se hallaba alumbrado por una débil bujía, mientras que un muchacho, de poco más edad que Juanito de Kerlor, se calentaba al lado de la estufa.

El aspecto de este chiquillo era enfermizo. Por su piel transparente se adivinaban los huesos de su cuerpo, y una tos seca y persistente acusaba el terrible mal que le aquejaba.

Era sobrino de la tía Ceferina, y al morir la hermana de ésta lo recogieron, pensando que con su estado de delgadez y su aspecto enfermizo produciría la compasión de la gente y a ellos les produciría un buen negocio.

El chiquillo aprovechaba el calor de la estufa para calentarse, hasta

que su tía le gritó desde donde se hallaba sentada:

—Oye, Claudinet... La estufa no se ha hecho para que te calientes, sino para hacer el café.

—Ya lo estoy haciendo, tía Cefarina — le respondió humildemente el muchacho.

—Oye— volvió a decirle su tía—, no olvides el anís para el café, es lo que me calienta mejor y para la expedición de hoy es preciso algo reconfortante.

—Ya está el café — respondió Claudinet.

—Pues ves a buscar el anís— le dijo su tía.

Claudinet se la quedó mirando fijamente, hasta que ella volvió a decirle:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? ¿No sabes lo que es el anís?

—Sí, ya lo creo — respondió el chiquillo—; cuando mamá se emborrachaba lo hacía también con anís.

Al decir esto, el chiquillo comenzó a toser a más no poder, y el tío Caracol exclamó:

—¡Vaya tos que tiene ese chiquillo!

—Es lo mejor que tiene— respondió la tía Cefarina—; cuando paseamos los dos juntos, es cuando más recaudamos.

Se apartó Claudinet y fué a echar-

se sobre un montón de paja, que es lo que le servía de cama, mientras que sus tíos hablaban del «asunto» que aquella noche tenían que realizar.

Jorge de Kerlor seguía también despierto. En su imaginación bullían mil ideas, hasta que, por fin, tomó una resolución. Llamó a su criado y le ordenó:

—Prepárame toda mi ropa.

El criado le miró extrañado y le preguntó:

—¿Cómo, el señor no se queda?

—No, Fermin; que todo esté preparado mañana por la mañana para un gran viaje.

Cuando salió el criado llamó a una compañía naviera y le ordenó:

—Oigan, soy el señor de Kerlor... Hagan el favor de reservarme un camarote de lujo para el barco que sale mañana.

—Está bien, señor — respondió el de la compañía—. Si coge usted el primer tren podrá llegar al puerto con tiempo para embarcar.

—Gracias — respondió Kerlor, cogiendo el aparato y comenzando de nuevo a dar paseos por la estancia, sin ánimos de acostarse hasta que llegase el instante de partir.

Sin sospechar la llegada de él, y menos aún su insomnio, tío Caracol y la tía Cefarina se prepararon para dar el golpe que ella había ideado.

Su sobrino al verlos salir les preguntó, temeroso de que le dejarán solo:

—¿Adónde vais?

—A dar un paseo sentimental —respondió el tío Caracol burlonamente.

Echaron a andar y media hora después llegaban al jardín que rodeaba la finca de los señores de Kerlor.

—Es aquí—dijo Ceferina.

—Pues manos a la obra—respondió el tío Caracol dispuesto ya a encaramarse sobre la tapia.

—¿Tienes herramientas? — le preguntó la tía Ceferina.

—Te tengo a ti, que eres la mejor herramienta y la más grande—le contestó zalamero el tío Caracol.

—Sé prudente — le advirtió ella.

—Puedes estar tranquila.

—Ten cuidado con lo que te traes. Sobre todo la vajilla de plata que es lo más fácil de liquidar.

—Se hará lo que se pueda—terminó diciendo el tío Caracol, al mismo tiempo que saltaba al interior de la finca.

Fué acercándose hasta la casa y entreabrió una ventana para entrar por ella. Kerlor sintió el ruido y el corazón le latió violentamente. En sus terribles celos sospechó que tal vez sería el amante de su mujer y que entonces podría satisfacer toda su venganza. En esta creencia, apagó las luces, tomó una pistola y se

colocó detrás de una de las puertas por donde había de entrar el tío Caracol. Cuando éste hubo entrado, encendió de pronto la luz, encañonándole con el arma y al ver que se trataba de un vulgar ladrón, exclamó desalentado:

—¡Bah, sólo es un ladrón!

El tío Caracol le miró sorprendido y exclamó irónicamente:

—¿A quién sospechaba encontrar a un miembro de la Sociedad de las Naciones?

—Dame las armas que laves encima—le exigió Kerlor.

El tío Caracol sonrió, al mismo tiempo que le respondía:

—El señor me hace reír. Cuando voy al trabajo nunca llevo estorbos; así si me pescas, sólo son cinco años como máximo..., me sé muy bien el Código.

—¿Sinvergüenza! — exclamó el señor de Kerlor despectivamente— ¿Cómo te llamas?

—Tengo un apodo algo divertido —respondió el ladrón—. Me llaman el tío Caracol.

—¿Y tu profesión es la de ladrón?

—Perdón, señor, soy cuchillero, pero como de este oficio no hay trabajo...

—...te dedicas a robar—terminó diciendo Jorge de Kerlor.

El tío Caracol bajó la cabeza, y

LOS DOS PILLETES



—¡a...car...te...ra.

—¡Mis cartas!



—Pues que los billetes
de mil eran papeluchos.



—Mi querido San Hi-
fioux...



—Bien, ya que me he
convertido en nodriza...



...pensaba con horror que
su padre le había llamado
«bastardo».



...adonde estaba el monedero y se apoderó de él.



Fanfan y Claudinet se querían como hermanos.



—Era como éste el que
ya tenía.



...emprendieron el cami-
no hacia Kerlos.



—Pantán, ¿por qué la llamas mamá?



Pantán camino de París...



...lo que salvó a los fugitivos fue el puente...

—...pues como ahora
dos carriles.



—Fan...fan, me mueres.



—¡Oh!... ¡Claudinet, hermano del alma!... ¡Espera! ¡No te mueras aún!

adoptando aquel aire de hipócrita que tan bien había engañado a las hermanas del hospital, respondió:

—Es preciso vivir, cuando se tiene mujer y unorro...

Jorge de Kerlor se le quedó mirando sin responderle. Por su mente había cruzado una idea diabólica. Había concebido la venganza más grande que podía tomar contra su esposa y contra aquel miserable que era su amante. Nada más grande podía hacer para castigarlos que lo que pensaba en aquel momento y exclamó, como si hablara consigo mismo:

—Un hijo... ¡Bonita venganza!

El tío Caracol le miraba sin comprenderlo, hasta que, finalmente, Jorge de Kerlor le dijo:

—Te voy a proponer un negocio que te dará más beneficio que el robo que te había traído aquí... y sin peligro.

—Para los negocios interesantes, mi oficina siempre está abierta—respondió socarronamente el tío Caracol.

—Yo te entregaré un niño y dinero... y te irás muy lejos, donde quieras... Y ante todo no vuelvas jamás a esta casa, si te interesa tu libertad...; jamás quiero volver a hablar de él.

El tío Caracol quedó sorprendido ante la proposición y respondió con cierta timidez:

—La verdad, no es que me gusten mucho esos trucos.

—Voy a darte dinero...

Subió quedamente al cuarto donde dormía Juanito. El angelito, ajeno a lo que se tramaba contra él, dormía tranquilamente, y su carita de ángel, recostada sobre la blanca almohada, hubiera llamado la compasión de otro hombre que no estuviera tan poseído por los celos como lo estaba su padre en aquellos instantes.

Jorge de Kerlor intentó cogerlo una vez, pero sus brazos se detuvieron sin fuerzas para hacer lo que pensaba. Era tan horroroso que a poco que lo hubiera meditado habría abandonado aquella idea. Pero el veneno de los celos fué más fuerte que sus propios sentimientos, y cogió al chiquillo, envuelto en la misma ropa que estaba y bajó con él adonde estaba el tío Caracol. Se lo entregó, al mismo tiempo que le daba un puñado de billetes y le dijo:

—¡Vete!

—Bien, ya me he convertido en nodriza—exclamó el tío Caracol—. Oiga usted, si tiene otros se los tomaré por el mismo precio.

Jorge le abrió la puerta para que saliera por ella, y cuando el tío Caracol llegó adonde estaba Ceferina, ésta le preguntó extrañada de verlo:

—¿Pero por dónde has salido?

—Por la puerta principal—respondió el tío Caracol.

—¿Qué dices!

—Que el mismo dueño me la ha abierto y me ha acompañado.

—Déjate de bromas y cuéntame.

—Te digo que no bromeo y toma, eso es lo que me ha dado.

—¿Es la vajilla de plata?—preguntó Ceferina, al ver solamente un bulto en poder del tío Caracol.

—No..., eso es oro.

Y en pocas palabras le contó cuanto le había pasado, diciéndole:

—Bueno, vámonos de aquí porque me parece que ese tío está loco.

Claudinet se despertó cuando llegaron sus tíos y al ver a aquel chiquillo lo miró extrañado, mientras que el tío Caracol le decía:

—Y bien, Claudinet, ¿te extraña tener un hermanito?

—Fíjate, es más guapo que tú—le dijo con su natural brutalidad la tía Ceferina.

—Claro..., pero fíjate que ese nene...

—Nene... Fanfán..., ya está buztizado—exclamó la tía Ceferina.

Metió a Juanito de Kerlor en el mismo montón de paja que Claudinet y el chiquillo al verse allí comenzó a llorar amargamente, llamando a su madre. A pesar de su corta edad, comprendía el angelito que no era aquella su casa, y siritando de

frio, puesto que le habían quitado la manta, lloraba amargamente, sin que el pobre Claudinet pudiera consolarlo.

* * *

Durante toda la noche Elena de Kerlor no había podido conciliar el sueño. En aquellas horas de soledad, dentro de su cuarto, oía los pasos de su esposo y comprendía el sufrimiento de él. Fugazmente pasó por su imaginación todas las horas felices de su matrimonio, su partida, su decisión de ir a ver al que era el amante de su cuñada y la violenta escena que había tenido con su marido. Era horroroso el tormento que sentía y la cabeza le pesaba como si momentáneamente fuera agrandándose. Ya de madrugada, pudo quedar dormida unas horas. El cansancio del viaje y la escena con su esposo habían terminado con sus fuerzas físicas y la naturaleza exigió un descanso en contra de sus deseos.

Cuando se despertó llamó apresuradamente al timbre y entró la sirvienta, a quien preguntó:

—¿Qué hora es?

—Pronto serán las siete, señora—respondió la sirvienta.

—¿Qué hace el señor?—preguntó nuevamente.

—Ha estado haciendo preparati-

vos toda la noche y ahora está a punto de marchar.

—¿Marchar?—exclamó Elena, tirándose de la cama—. ¡Ah, no, no se irá sin escucharme!... Es preciso que yo le hable..., es necesario que me crea.

Y mientras hablaba iba bajando la escalera, hasta encontrarse con su marido, que estaba dispuesto para salir y le gritó abrazándose a él:

—Jorge, tú no te marcharás... Yo te repito que te equivocas... por la vida de nuestro hijito, te juro...

—Dirás del tuyo — exclamó él, sin apiadarse del dolor de aquella infeliz mujer.

—¡El tuyo, desgraciado! — respondió Elena.

—¡No! — gritó Jorge, fuera de sí—. Durante cuatro años, por tu culpa, he prodigado mis caricias a un bastardo, pero me he vengado bien.

Elena no podía ni adivinar siquiera en qué podía consistir aquella venganza y tan sólo supo responder:

—Jorge, tú has perdido la razón.

El, sin hacerle caso, siguió diciéndole:

—¿Sabes lo que he hecho con él?... Este bastardo se lo he dado a un ladrón que le hará de padre..., y si tú quieres encontrarlo, será preciso que recorras las cárceles y los

presidios... Será un pillete como su padre.

Elena abrió los ojos desmesuradamente como si se fuera a volver loca. No podía creer aquello. No era posible que su marido se hubiera vengado, aun sin razón, en un ser tan inocente como Juanito y exclamó:

—Eso no es verdad... No puede ser verdad... no es posible...

Y sin preocuparse ya de su marido, con el arrebato de una madre que pierde lo que más quiere en el mundo, Elena de Kerlor corrió a la habitación de su hijo para cerciorarse de si era verdad lo que le había dicho su marido.

Desgraciadamente la realidad no podía ser más desconsoladora para la infeliz madre. Allí estaba la camita de su hijo, todavía conservaba la huella de aquel cuerpecito tan adorado, aun parecía tener el calor de él, y Elena, como una loca, se arrojó sobre el lecho llorando amargamente y gritando:

—¡Jorge, por piedad... mi hijo!... ¡Devuélveme a mi hijo!... ¡Mi hijo!

Y mientras que la infeliz se sentía morir ante la desesperación de verse privada de su pequeño, el celoso marido huía de la casa, sin pensar en la desesperación en que dejaba sumida a aquella inocente a quien

las circunstancias habían hecho aparecer víctima de un delito que no había cometido.

Fue inútil que los criados pretendieran calmarla. Dió orden de buscar por todo el contorno para ver si encontraban algún rastro de Juanito, pero todo fue inútil, las esperanzas se iban perdiendo y terminó por convencerse de que su hijito había muerto para ella. Y lo más doloroso era que había sido su mismo padre quien lo había condenado a

aquella vida depravada, a aquella vida de delito. Había sido su mismo padre quien lo había arrojado en los brazos de la miseria y quien se lo había robado, sin meditar siquiera en el acto que realizaba. Por mucho que fuera el amor que sintiera por su esposo, era mayor el dolor que le causaba la pérdida de su hijo y se juró a sí misma que jamás se uniría nuevamente a Jorge mientras éste no le devolviese el hijo que le había robado.

OCHO AÑOS DESPUES

HAN pasado ocho años, ocho, durante los cuales Eiena de Kerlor no ha tenido más que un motivo para seguir viviendo. La esperanza de encontrar algún día a su hijo. Cada niño que se cruzaba en su camino y tenía la edad aproximada de su hijo, era objeto de un examen por parte de ella. Inquiría sobre su nacimiento, sus padres, de dónde era, en fin, cuantos datos pudieran darle una luz acerca de su Juanito.

Ocho años de un verdadero calvario para aquella infeliz mujer que no cometió más delito que el de querer salvar la honra de su esposo.

Durante todo este tiempo Jorge de Kerlor había permanecido en América y su castillo se hallaba ce-

rrado, sin que ninguno de sus dueños lo habitase.

También durante este plazo las cosas habían ido aclarándose. El capitán d'Alboise, ascendido ya a comandante, no había podido resistir la tentación de volver al lado de Carmen y, aprovechando la desgracia de que había muerto el señor de San Hirieux, se trasladó al Japón como agregado militar de la Embajada y al poco tiempo contrajo matrimonio con Carmen.

Refirió a ésta cuanto había ocurrido y Carmen se apresuró a escribir a su hermano contándole toda la verdad de cuanto había pasado y poniendo por testigo al mismo comandante. Le pidió que volviese a Europa para darle más detalles y al poco tiempo recibió una carta de su

hermano en la que le notificaba que regresaba a Francia para buscar a su esposa, pedirle perdón y procurar por todos los medios, aun cuando le costase toda su fortuna, de encontrar al niño que él había arrojado del lado de su madre.

Pero demasiado comprendía Jorge de Kerlor que su falta no tenía perdón. Estaba seguro de que jamás le perdonaría Elena lo que había hecho y que para reconquistar nuevamente su amor era preciso que le entregase su hijo.

Y mientras uno en América y otra en Francia sufrían por iguales motivos, en el Japón, Carmen preparaba su regreso a Europa, y una amiga suya le preguntaba:

—¿Es cierto lo que me ha dicho su esposo que regresa usted a Europa?

—Sí, salgo en el próximo vapor —respondió Carmen, que quería estar cuanto antes en Francia para ver si aun podía resolverse aquel conflicto que ella misma había creado con sus amores con el capitán d'Alboise.

—¿Y no espera usted la licencia de su esposo?—le volvió a preguntar su amiga.

—No. Tengo asuntos de familia urgentes y mi esposo me ha aconsejado que salga inmediatamente.

También en el castillo se hacían

los preparativos para recibir al señor de Kerlor. Los dos antiguos criador, únicos que habían quedado allí, estaban extrañados del próximo regreso de su amo, y el viejo Luis le decía a su esposa:

—Nos van a freir a preguntas los habitantes en cuanto vean que el castillo se abre...

—Y será preciso el contestarles —le dijo su mujer.

—Te guardarás muy bien — le aconsejó su esposa—. El señor me pide en su carta la mayor discreción sobre su regreso a Francia... ¡Ah, mi querida Victoria! Yo me preguntaba siempre si volvería a verle antes de morir... Ya hace ocho años que el señor partió.

—Siete, nada más... Es decir, no, llevas razón, son ocho... Nuestro Juanito murió a los cuatro años y cumpliría doce este mes... Pronto será el aniversario de su nacimiento.

—Tal vez sea por eso por lo que el señor vuelve—le dijo Luis.

—Pues entonces, va a encontrarse con la señora... Seguramente tendremos que decirle que la señora viene cada año para que digan una misa a la memoria de su Juanito.

—¿Y le diremos que nosotros asistimos?

—¡Ah, si eso sirviera para que los señores se reconciliaran nuevamente...!

Carmen tenía ya todo preparado para la marcha y su marido le dijo:

—¡Dios quiera que tu intervención pueda hacer algo eficaz.

—¿No le crees?—preguntó Carmen—. Me confesaré culpable y Jorge me creerá.

—No—le dijo su marido—. Solamente una cosa le convencería. Las cartas que fueron robadas a mi ordenanza. Yo he hecho lo posible por encontrarlas, sin conseguirlo.

Carmen no pudo reprimir el llanto y su marido intentó consolarla, preguntándole al mismo tiempo:

—Debes tener más serenidad.

—Es que estoy segura de que mi hermano es muy desgraciado y que nuestra felicidad ha sido a costa de sus muchos sufrimientos.

—Procura dudar y piensa solamente que haremos cuanto esté en nuestras manos para que puedan ser felices otra vez.

Y al mismo tiempo que lejos de Francia aquellos dos seres, que en el fondo no eran malos, y que solamente habían cometido el delito de pensar únicamente en su dicha, pensaban en deshacer el error en que vivía Jorge de Kerlor, la esposa de éste seguía buscando afanosamente a su hijo.

En todos sus paseos se detenía en cuanto veía a unos chiquillos y les preguntaba por su madre, por su pa-

dre, en fin, inquiría para ver si entre ellos encontraba a su hijo, y la vieja sufría, al ver el dolor de aquella infeliz mujer, le decía conmovida:

—La señora se está matando con estas pesquisas que no tendrán éxito jamás.

—No digas eso, Brígida—le respondía dolorosamente Elena—: mi pequeño no ha muerto... Tal vez es un desgraciado, pero vive mi pequeño. Me lo dice el corazón, y el corazón de una madre no se engaña nunca.

Y en aquel peregrinar de todos los días, Elena de Kerlor encontraba como una especie de alivio pensando que el día menos pensado encontraría a su hijo.

Era como si dijéramos un alma en pena que vagaba por el mundo detrás de la sombra de aquel hijo amado.

Sin embargo, ¿qué apartada estaba la infeliz madre de saber la verdadera vida de su hijo?

Era ya un muchacho fuerte y robusto que contrastaba con la naturaleza del pobre Claudinet.

Viviendo una vida miserable, teniendo que pedir limosna, obligados por el tío Caracol y la tía Ceferina, los dos muchachos tuvieron que unirse en un cariño de verdaderos hermanos para librarse de los golpes

y los malos tratos de aquellos dos seres sin alma y sin sentimientos humanos.

Fanfán era el apoyo moral del pobre Claudinet. Este, cada vez peor de la enfermedad que iba minando su cuerpo, comprendía que en el mundo no tenía más amparo que el débil que podía darle Fanfán. Y éste, por su parte, procuraba evitar a su compañero todo aquello que pudiera fatigarlo, y hasta en muchas ocasiones, de las limosnas que recibía se ocultaba algunas monedas para comprarle medicinas a Claudinet.

Eran muchos los días en los que los dos desgraciados niños no tenían nada que llevarse a la boca, días que lo pasaban sin probar un bocado de pan, y estos días eran terribles para Fanfán, no precisamente por él, sino por su amigo, a quien comprendía que le hacía falta alimento.

Uno de estos días, al ver que no había nada que comer, le dijo tristemente a Claudinet:

—Me parece que hoy ayunamos también.

—¡Bah!—respondió el otro encogiendo de hombros.

—¡Oh, para mí no es nada! Pero cuando pienso que tú tienes hambre es como si dos hambres me atormentaran.

—No te preocupes—le dijo Claudinet para no apesadumbrar más a

su amigo—. Ya sabes tú que yo no tengo mucho apetito.

—Pero para tu salud te conveniría que comieras mucha carne todos los días y bebieras buen vino.

Claudinet elevó los ojos al cielo, como si su pensamiento volase a otros lugares y exclamó dulcemente:

—Mucha carne y buen vino..., eso lo tenía todos los días cuando estaba en el Hospicio.

—¿Estabas mejor que aquí?—le preguntó Fanfán.

—Claro que sí. Me acuerdo del gran dormitorio donde había camas con sábanas y todo. En el refectorio donde comíamos hasta que terminábamos el hambre y las buenas hermanitas que nos abrazaban, especialmente una muy guapa bajo su blanca toca.

—¿Te acuerdas de ellas?

—Sí, especialmente de ésta, que se llamaba sor Modesta... ¿Tú no has conocido eso?

—No — respondió con tristeza Fanfán—; aparte de un hermoso perro con quien yo jugaba, ni sé dónde, es chocante, yo nunca tuve otros amigos que tú, Claudinet.

—¡Ah!—siguió diciendo Claudinet—, qué bien estaba yo en el Hospicio. Pero cierto día vino una señora. Yo no la había visto jamás... y dijeron que era mi madre...

—¿Y tú querías a tu madre?

—preguntó Fanfán cada vez más interesado en aquella conversación.

—Ni siquiera tuve tiempo. Nos marchamos. Ella me llevó al tabernero de enfrente. Le contó que acababa de recoger a su hijo y que de él estaba muy contenta. Después visitó a otro, a quien le contó lo mismo, y después a otro todavía, y tantos visitamos, que al final acabé embriagada. Yo no estaba acostumbrado a esto con las hermanitas y me producía una cosa muy rara... Ella decía que estaba ebria porque estaba muy contenta. Pero también se emborrachaba si estaba triste... Yo ya empezaba a acostumbrarme a aquella vida, cuando murió... y fué únicamente después cuando comprendí que, a pesar de todo, me quería.

—¿Y tú crees que se debe querer al padre y a la madre?—le preguntó ingenuamente Fanfán.

—¡Claro que sí!

—Entonces, tío Caracol tiene razón cuando dice que tengo mal fondo.

Claudinet se abrazó a su amigo como si fuera su hermano y exclamó:

—¡Oh, eso no es verdad! ¡Tú eres tan bueno conmigo!

—Entonces, si yo no soy malo, ¿por qué no quiero a mis padres?

¿Qué soy entonces? ¿Por qué no los quiero?

—Tal vez porque debe ocurrirte como a mí con mi madre. Es preciso que hayan muerto para que se les eche de menos.

Fanfán movió la cabeza negativamente. Luchaba inferiormente contra sus mismos pensamientos y al fin respondió:

—Eso no lo creo yo... Ya ves, yo no puedo amarles. Lo he probado y no puedo. Cada día les detesto más.

En aquel instante la conversación quedó interrumpida por la llegada de dos individuos de la misma calaña del tío Caracol.

Uno de ellos se llamaba Cachalote y al otro le decían Espinilla. Se acercaron a los chicos y Cachalote les preguntó:

—¿Está en casa el tío Caracol?

—No — respondió con sequedad Fanfán.

—¿Y la tía Ceferina?—preguntó Espinilla.

—No lo sé—respondió de mal talante Claudinet.

—Déjalos—exclamó Cachalote—que esos dos nunca saben nada... Sin embargo, es necesario que les vea ahora mismo.

—Pues yo no sé dónde están—respondió Fanfán.

Cachalote, al mismo tiempo que

daba un empujón a Fanfán, le dijo despectivamente:

—¡Inutilidad!

Se marcharon los dos amigos y Claudinet, cuando los vio alejarse, le dijo a Fanfán:

—Seguramente preparan un golpe para esta noche.

—Y también nosotros tenemos que hacer algo para comer—le dijo Fanfán— Habrá que robar otra vez.

—Sí... — respondió Claudinet, sintiendo que una pena le ahogaba—. Ahora ya estamos acostumbrados...

Vieron venir al tío Caracol y a la tía Ceferina y oyeron que él le decía al ver el estado de embriaguez en que venía:

—¿No te da vergüenza dar este espectáculo?

—Es para olvidar — respondió ella.

—¿Olvidar, qué?

—Que tú no eres un hombre.

—¿Que yo no soy un hombre?

—preguntó Caracol amenazándola.

—No, no, no eres un hombre —siguió diciendo ella con la monotonía de todos los borrachos.

—Te la estás ganando de castigo vuelto—volvió otra vez a decirle el tío Caracol.

—Guárdatela.

—¿Y por qué dices que yo no soy un hombre? — preguntó el tío Caracol.

—Porque nos dejas morir de miseria—siguió diciendo la tía Ceferina—, teniendo la fortuna en tus manos. No tengo ni púas en el peine.

El tío Caracol la miró desesperado y exclamó al fin:

—¿No lo he hecho todo acaso? ¿No he averiguado que el padre se llamaba Kerlor? No es culpa mía si se ha marchado a América. ¿No he sabido que tenía un castillo en Normandía? ¿No sé que no ha vuelto a él? ¿Qué es lo que quieres que haga? Supongo que no te imaginarás que lo voy a hacer buscar por los guardias?

En esta discusión llegaron cerca de los dos muchachos, en el preciso momento que Claudinet, instado por Fanfán, bebía en la misma botella un sorbo de aceite de hígado de bacalao. Ceferina, que fué la primera en verlos, creyó que Claudinet bebía aguardiente y gritó encolerizada:

—Nos han saqueado la bodega.

Claudinet, al verlos, pretendió ocultarse, y el tío Caracol exclamó, llamándole:

—Ven acá. ¿No oyes que te digo que vengas?

El pobre niño se fué acercando tímidamente con la botella en la mano y su tío volvió a decirle:

—No tengas miedo, ven aquí.

Y cuando le hubo cogido la botella, volvió a decirle:

—Ya te dejaré un trago.

Se echó un trago él y al advertir el mal gusto lo arrojó rápidamente indignado, creyendo que se trataba de una burla de Claudinet y le dijo, al mismo tiempo que le pegaba despiadadamente:

—¿Qué porquería es ésta? Ya te enseñaré yo a burlarte de mí.

Ceferina lo probó también y exclamó:

—¿Pero qué es esto?

Claudinet no se atrevía a hablar y mientras que recibía los golpes de sus tíos, Fantán quiso explicarles lo que era aquella bebida y les dijo:

—Es hígado de bacalao para curar su tos.

—¡Curarse la tos! — exclamó la tía Ceferina en el colmo de la indignación—. Si eso le sirve para ganar su pan... ¡mala entraña!

—Ahora comprendo por qué tose menos desde hace algún tiempo — exclamó el tío Caracol, dirigiéndose otra vez hacia el muchacho para pegarle. Pero Fantán se puso

delante para evitar los nuevos golpes y exclamó:

—No, a él no...; a mí, si quiero, pero a él no.

Y cuando el tío Caracol la iba a emprender con los dos llegó Cachalote y lo apartó de allí diciéndole:

—Discúlpeme si interrumpo las expansiones familiares.

El tío Caracol dejó a los muchachos, no sin antes decirles:

—Tenéis suerte, porque hoy es día de recibo, que si no...

—Da suelta a los chicos que hay que hablar de negocios—le dijo Cachalote.

—Ya os podéis marchar — les dijo el tío Caracol—, y no venid a comer como no traigáis algo para reforzar el menú.

—Buena, vamos a lo nuestro—dijo de nuevo Cachalote, quien volviéndose a Espinilla, que le acompañaba, le invitó a entrar también.

Una vez que se sentaron todos, la tía Ceferina fué la primera que les dijo:

—Cuente qué hay de nuevo.

—Vengo de Kerlor — respondió Cachalote.

—¿En serio?—preguntó el tío Caracol.

—Sí—respondió irónicamente—;

a mí no me gusta pasar el verano en París, me gusta respirar el aire puro y me marché cierta mañana con una moto que acababa de robar la víspera...

—¡Qué picaro eres, Cachalote! —le dijo la tía Coferina, dándole un cariñoso golpe sobre los hombros.

—Sin apresurarme fui hasta Kerlor —siguió diciendo Cachalote—. Al llegar al castillo creí encontrar las ventanas cerradas como de costumbre, y no podéis daros cuenta de mi asombro cuando las vi todas abiertas... Me he informado y he sabido que el señor de Kerlor regresaba de América dentro de ocho días... ¿Entiendes? ¿Sabes lo qué hay que hacer?

—Ya entiendo..., ya entiendo.

—Vais a ir todos a Kerlor —les indicó Cachalote—, yo me quedaré esperando aquí... Ya te di el soplo, con que ya me darás el dinero al regresar.

—De acuerdo —dijo el tío Caracol—. Si el de Kerlor no sigue enfadado con su hijo, será preciso que los afloje si quiere volverlo a ver.

—Entonces es preciso que os encontréis allí lo antes posible —les advirtió Cachalote.

—Partiremos mañana.

—¿Con tu cafetera? —preguntó

la tía Coferina—. Hace falta tres días para ponerla en marcha.

—Trabajaremos todos y ya lo creo que se pondrá.

Y mientras que aquellos tunantes estudiaban la forma de sacarle más dinero a Jorge de Kerlor, los dos chiquillos recorrían las calles de la ciudad pidiendo limosna. Claudinet tocaba el acordeón y Fanfán cantaba una canción que decía:

Los pobres pequeños que no tienen son felices. [un madre

Y caricias no tienen ninguna.

No son para ellos.

Nosotros arrastramos la miseria por los caminos

y no tendremos jamás sobre la otra cosa que penas. [tierra

Pero en la vida lo que nos sostiene [tiene

es que nosotros dos nos queremos.

Somos los dos pilletes y en nuestra desventura el destino feroz

nos da al menos una felicidad.

Para mejor soportar nuestra mierda y todas nuestras desgracias [te

a pesar de nuestras tristezas.

Nos amamos hasta la muerte

L O S D O S P I L L E T E S

*arrastrando nuestra desdicha
sufriendo día y noche.
Somos los dos pilletes
que se amarán siempre.*

Y la gente al ver aquellos dos po-

bres niños que casi iban desnudos y al oír la tos seca de Claudinet, se compadecía de ellos y les daban algunos céntimos que servían luego para que la tía Ceferina se emborrachara por la noche.

CAMINO DE KERLOR

Al día siguiente de haber recibido la noticia de que el castillo de Kerlor volvía otra vez a la vida, los dos desalmados emprendieron el camino hacia Kerlor llevando con ellos a los dos niños.

Lo que menos podían suponer los dos inocentes chiquillos eran los propósitos del tío Caracol y de la tía Ceferina. Se figuraban que habrían hecho alguna de las suyas y que huían de París para evitar ser detenidos por la policía.

Al mismo tiempo que ellos se encaminaban hacia allí, llegó al castillo Jorge de Kerlor. El viejo Luis, al verlo llegar, corrió a saludarle y le dijo emocionado por su presencia.

—Cuánto me alegra volver a ver al señor.

—Yo también lo celebro — respondió cariñosamente.

—Cuánto tiempo hacía... Tenía miedo de morir sin ver otra vez al señor.

—¡Oh, mi buen Luis!—exclamó Jorge, abrazándolo emocionado por aquel recibimiento.

—¿El señor se quedará para siempre?—preguntó ansiosamente Luis.

—Así lo espero — le tranquilizó el señor de Kerlor.

—El parque de Kerlor es tan hermoso y conserva tantos recuerdos para el señor...

—Silencio—le dijo el aristócrata—, no hablemos de recuerdos, Luis.

Jorge de Kerlor entró en el castillo y fué recorriendo sus habitaciones. En todas ellas sentía el dolor de

aquella antiguos recuerdos. Cada una de ellas le hablaba de lo feliz que había sido y la imagen de la mujer tan adorada y tan mal comprendida le atormentaba ahora más que nunca...

En el jardín, entretanto, Luis y su esposa discutían acaloradamente, diciéndole éste:

—No debes decir nada, Victoria.

—Te repito que hay que decirse lo al señor. ¿Por qué hemos de callar?

—Porque me ha dicho que no quería que le hablasen de recuerdos.

—¿Y si se entera por otros?—le dijo su mujer.

—No será yo quien se lo haya dicho.

—Pues se lo diré yo.

Jorge de Kerlor, que salía en aquel instante y oyó las últimas palabras de Victoria, se acercó a ellos amistosamente y les preguntó:

—¿De qué se trata?

—Que no estamos de acuerdo, señor—le dijo Victoria.

—¿Y por qué?—preguntó sonriendo el dueño del castillo.

—Pues ya verá.—comenzó diciendo ella—; yo tengo una cosa muy importante que decir al señor.

—¿De qué se trata?

—De que han visto a la señora en Kerlor.

—¿En el castillo?—preguntó Jorge.

—¡Ah!, no señor—exclamó Victoria. La señora no ha querido volver a entrar más. Solamente va a la iglesia y después se vuelve a marchar. Y siempre en la misma época, en el aniversario del bautizo de Juanito... Y cuando supimos por qué iba la señora a la iglesia, hemos ido nosotros también.

—Habéis hecho muy bien—respondió convencido Jorge de Kerlor.

Aquel mismo día habían acampado también cerca del castillo, el tío Caracol con su carromato. La tía Ceferina preparó el fuego para hacer la comida y llamó a los dos niños, diciéndoles:

—Mientras yo pongo el agua para el cocido, id vosotros a buscar lo que hace falta para la olla.

—No tenemos dinero—respondió Claudinet.

—Arreglaros como podáis.

Fantán comprendió que su amigo no estaba en condiciones de ir a mendigar. Aquella tos se hacía cada vez más persistente y el bondadoso niño le dijo:

—Yo iré solo, Claudinet. Descansa tú.

Ceferina se opuso tenazmente, diciéndoles:

—No, id los dos... Cuanto más

tosa más enternecerá a los transeúntes...

Los dos muchachos no tuvieron más remedio que ir en busca de las almas caricativas, mientras que Ceferina le decía al tío Caracol, que se estaba acicalando como si fuera a una reunión aristocrática:

—¿Qué haces tú?

—Ya lo estás viendo. Ya comprenderás que si voy a dar una vuelta por mi castillo es preciso que tenga el aire de un gran señor.

—¿Y si Kerlor sigue odiando a su hijo?

—Pues le dire que los fondos que me dió ya se han terminado, y que si quiere que siga educando a su hijo «finamente» será preciso que me largue más tela.

—Llevas razón — respondió la tía Ceferina, dejando solo a su amigo para que siguiera arreglándose y pensando que de una forma u otra sacarían el dinero que necesitaban.

Claudinet estaba aquel día mucho peor. Tosía sin parar, y Fanfán, abrazado a él, le decía:

—Ha sido una verdadera desgracia que te haya roto la botella del reconstituyente...

Claudinet, para no entristecer más a su amigo, intentó sonreír y respondió:

—Bah, eso no importa.

—Yo creo que sí—le dijo nuevamente Fanfán—. No paras de toser desde ayer noche.

Y hablando de esta forma llegaron hasta la iglesia del pueblo, en cuyo interior se hallaba la señora de Kerlor orando por el alma de su hijo y pidiéndole a Dios que se lo devolviera si estaba vivo.

Entraron en la iglesia y vió Fanfán sobre uno de los bancos el portamonedas de Elena de Kerlor y le dijo a su amigo:

—Espera.

Se acercó poco a poco adonde estaba el monedero y, sin que nadie lo viera se apoderó de él y salió corriendo seguido de Claudinet. Mas al llegar fuera, los cogió el encargado de la ermita, que les dijo:

—¿Qué es lo que haciais en la iglesia, gandules?

—Pues... pues... — respondió Fanfán sin saber qué excusa dar.

—¿Pues qué? — preguntó otra vez.

Entonces salió Elena de Kerlor acompañada de su criada y al ver a los dos chiquillos les preguntó:

—¿Qué es lo que han hecho esos dos niños?

—No hemos hecho nada, señora — respondió Claudinet.

Elena, poseída siempre por el mismo pensamiento, preguntó:

—¿Has conocido a tu padre?

—Yo nunca he tenido padre

—contestó el chiquillo bajando la cabeza avergonzado.

—Y a tu mamá, ¿la has conocido?

—Sí, murió en el hospital.

—¿La conociste?

—Sí, señora.

Elena se volvió, decepcionada, hacia su criada y le dijo:

—Ha conocido a su madre, Brigida.

Fanfán se acercó a Claudinet y, cogiéndole por el brazo, le dijo:

—Vámonos.

—¿Es tu hermano? — preguntó Elena de Kerlor.

—No, señora.

—¿Tienes madre y padre? — le preguntó Elena.

—Sí, señora—respondió Fanfán, que creía que sus padres eran el tío Caracol y la tía Ceferina.

Elena de Kerlor, comprendiendo que ninguno de los dos era aquel hijo amado a quien buscaba, se buscó el monedero para darles una limosna, y al darse cuenta de que no lo tenía, exclamó sorprendida:

—Yo tenía mi portamonedas en la iglesia... Me debe haber caldo...

—No busque usted, señora—exclamó el encargado de custodiar la ermita—, deben ser estos dos pillustos los que se lo han robado.

—Eso no es verdad — respondió Claudinet —; no hemos quitado nada.

—Por si acaso, voy a registrarlos —dijo nuevamente el encargado. Y, en efecto, poco trabajo le costó dar con el monedero y exclamar satisfecho:

—Aquí está... Ya estaba yo seguro... Os habéis ganado un mes de cárcel...

Entregó el monedero a su dueña y le dijo:

—Aquí lo tiene usted, señora.

Elena de Kerlor pensó en su hijo. ¡Quién sabe si su Juanito sería también un pillete como aquellos dos! Y el recuerdo de él y la bondad de su corazón le hizo exclamar:

—Pero si éste no es mi monedero.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido el encargado—. ¿Pues entonces de quién es?

—Sin duda debe ser de él.

El encargado comprendió que la señora quería salvar a los chicos y preguntó:

—¿Qué debo hacer entonces?

Devolverse, puesto que es suyo.

—Tómalo—le dijo el encargado de la ermita. Y, volviéndose a Elena de Kerlor que ya había subido con su criada al coche, se despidió de ella diciendo—: Siga usted bien, se-

ñora y reciba mis excusas por estos dos pilletes.

Antes de que el coche se pusiera en marcha, Claudinet saltó sobre el estribo del mismo y llamó por la ventanilla diciendo:

—Señora..., señora... Tenga su portamonedas.

—¿Por qué ha dicho usted que no es suyo?—preguntó Fanfán extrañado.

—Porque si yo hubiera dicho que era mío os hubieran enviado a la cárcel — les dijo cariñosamente Elena.

—Y usted no lo ha querido—exclamó Fanfán casi llorando por la emoción—. Yo no lo olvidaré jamás, señora. Tenga su portamonedas. Ya puede estar segura que nada hemos quitado de lo que contenía. Se lo prometo, señora, que no hemos quitado nada.

Había tanta emoción en aquellas palabras que Elena le respondió conmovida:

—Te creo, hijo mío.

—¿Ve usted, señora?—siguió diciéndole Fanfán—; si soy un ladrón no es culpa mía..., no me han enseñado otra cosa...

—Y además, señora — intervino Claudinet—, si ha robado fué para comprarme un reconstituyente para

atajar esta tos que nunca se me cura.

—Pobres pequeños — murmuró casi llorando Elena de Kerlor, al mismo tiempo que les entregaba una tarjeta suya—. Ahí tenéis mi dirección. Si algún día vais a París, donde yo estaré mañana, venid a verme y yo os ayudaré.

—Muchas gracias, señora — exclamaron los dos chiquillos a la vez.

—Y lo que hay dentro del portamonedas, para los dos.

Bajaron los dos muchachos, al mismo tiempo que Elena le ordenaba al chofer:

—Dé la vuelta al castillo y luego regresaremos a París.

Emprendió el coche la marcha y al llegar cerca del castillo, Elena sintió como si el corazón le saltase del pecho. Había visto en la puerta a su marido y, rápidamente, saltó del auto y se fué a él, diciéndole:

—¡Mi hijo!... ¡Por Dios, mi hijo!

—¡Elena!—exclamó él al verla.

—Te pregunto dónde está mi hijo—insistió ella suplicante.

—Si yo no lo sé—respondió avergonzado Jorge de Kerlor y sintiéndose cada vez más culpable del martirio de aquella infeliz madre.

—Pero eso es monstruoso—repitió Elena—. Después de tantos años

de sufrimientos te encuentre y no puedes decirme dónde está mi hijo.

Jorge de Kerlor bajó la vista al suelo y, sin atreverse a mirar a su esposa, le respondió:

—Ciego de celos he cometido un crimen odioso. El remordimiento de mi vida... Yo quisiera que me creyeras, Elena. Yo emplearé todos mis esfuerzos y toda mi fortuna para encontrar a tu hijo.

—¿Pero... al menos tienes un indicio? — preguntó Elena, queriendo ella misma darse una esperanza.

—Sí... tal vez...

—Tienes alguna esperanza... Por lo menos dame una esperanza.

Jorge de Kerlor, al verse frente a su mujer sintió como nunca aquel inmenso amor que fué el único de su vida y le respondió:

—Yo te lo devolveré, Elena, pero dime al menos que me perdonas.

Elena se le quedó mirando fijamente. Ante él era un juez que le acusaba y al fin le respondió:

—Tal vez pueda perdonarte si me devuelves a mi hijo.

Y, sin querer escucharle más, subió de nuevo al coche y se alejó de aquel castillo donde tan feliz había sido en otro tiempo con el amor de su marido y la alegría de su Juanito.

Jorge de Kerlor quedó anonadado.

Comprendió que había perdido para siempre a su esposa si no encontraba a su hijo, y cuando mayor era su desesperación se le presentó el tío Caracol, diciéndole:

—Perdón... excúseme... ¿Es usted el señor de Kerlor?

—Sí, yo soy — exclamó irritado Jorge de Kerlor —. ¿Qué quiere usted?

—¿No me reconoce usted? — le preguntó el tío Caracol.

—No.

—Es natural... sólo nos vimos una vez... Yo soy... el preceptor de su hijo...

Jorge de Kerlor se agarró a él. Era la vida lo que venía aquel hombre a devolverle y le preguntó ansiosamente:

—¿Tú?... ¿Vive todavía, no es cierto?

—Ya lo creo — respondió el tío Caracol.

—¿En dónde está? — preguntó Jorge de Kerlor.

—Aquí, al final de la aldea, donde me instalé ayer.

—Es preciso que me lo devuelvas — le dijo nerviosamente.

El tío Caracol, sin perder su ironía, le respondió calmadamente:

—Al instante, pero antes es preciso que hablemos.

Jorge comprendió lo que quería y le respondió rápidamente:

—Ah, sí, quieres dinero... Tendrás el que quieras... Pero antes quiero reunirme con él... Ve a buscar al niño y vuelve aquí dentro de media hora.

Y, antes de que el tío Caracol pudiera responder, Jorge de Kerlor montó en su coche y partió como un loco para alcanzar a Elena y decirle que volviera atrás, que ya había encontrado a Juanito.

LA HUIDA DE FANFAN

FANFAN no podía vivir más entre aquella gentuza. Sus sentimientos rechazaban aquella vida de vagabundo y el encuentro de aquel día con Elena de Kerlor le había hecho sentir todavía más la necesidad de huir y buscar otro ambiente. Así se lo expuso a Claudinet y acordaron los dos marchar aquel día. Mas cuando llegó el momento, Claudinet le dijo:

—Vete tú, Fanfán.

—Y tú, ¿por qué no quieres venir?

—Yo no puedo andar muy aprisa y te haría perder tiempo... Ya sabes que cuando corro me duele la espalda.

—Pero yo no tengo valor para dejarte aquí—respondió Fanfán.

Claudinet intentó convencerlo y le dijo:

—Tú te vas a París, vas a encontrar a esa buena señora que te ayudará y cada noche me vendrás a ver al puente de Chareton, si ya hemos regresado, y entonces será cuando yo me marcharé también contigo y ya no nos separaremos más.

—¿Me lo prometes así?—preguntó Fanfán convencido.

—Sí, anda, date prisa.

Prepararon el pequeño equipaje y poco después los dos amigos se abrazaron y lloraron juntos por aquella separación, prometiéndose buscarse nuevamente.

Y sin que nadie advirtiera su fuga, Fanfán se echó a andar carretera adelante, camino de París, hasta que la suerte le deparó un carro y el ca-

rrero le hizo subir para llevarlo hasta París.

El tío Caracol corrió en busca de Fanfán, convencido de que había hecho su suerte, y cuando llegó a su carrozajo, gritó a su amante:

—Ceferina, ya está... He encontrado a Kerlor, reclama a su hijo y me ha dicho que abrirá la mano.

—Bien—exclamó ella—. Eso es lo que se dice tener suerte... Precisamente estaba vaciándose la bodega.

—No es éste el momento de bromear... ¿Dónde está Fanfán?

—Debe estar con Claudinet—le respondió ella, al mismo tiempo que llamaba al niño, gritando—: ¡Fanfán!

—¿Qué pasa?—preguntó Claudinet.

—¿Adónde está Fanfán?—preguntó el tío Caracol.

—No lo sé.

—¡Fanfán!... ¡Fanfán!... —volvió a gritar el tío Caracol.

—No vale la pena de llamarle—dijo al fin Claudinet—. Se ha marchado.

—¿Que se ha marchado?... ¿Y por qué se ha marchado?—preguntó desesperado el tío Caracol, que vio perdida la recompensa.

—Muchos golpes y poca comida. Ya estaba hasta los pelos.

—¿Pero hacia dónde se marchó?

—preguntó el tío Caracol con la idea de ir a buscarlo.

Así lo comprendió también Claudinet, que respondió para despistar:

—Hacia un puerto de mar para embarcarse.

—¡Ah, gusano!—exclamó el tío Caracol, dándole una patada que le hizo rodar por tierra y exclamar a la inocente criatura:

—Me ha hecho daño.

—Ahora que ibamos a hincharnos, ¡esa momia se escapa! ¡Mala sangre!

Pero la tía Ceferina no desesperaba tan pronto. Ella tenía solución para todo, y también la tuvo entonces. Se apartó con su amante para que no la pudiera oír Claudinet y le dijo:

—Ya está... Ya lo encontré.

—¿Qué has encontrado?—preguntó el tío Caracol.

—A Fanfán.

Y la muy astuta le hizo saber la resolución de hacer pasar a Claudinet por Fanfán y cobrar de esta forma la suma ofrecida.

Hicieron creer a Claudinet que iba a encontrar a sus padres y que aquella mujer que murió en el hospital no era su madre, y de esta forma Caracol pudo cobrar la cantidad ofrecida por Jorge de Kerlor.

Claudinet fué conducido inmediatamente a París y Elena lo insta-

ló en la misma habitación donde había vivido de niño. Hizo venir a los mejores especialistas y todos ellos hicieron el pronóstico de que el pequeño no tenía cura.

Carmen había llegado también y en unión de su hermano y cuñada, vigilaban constantemente al pequeño. En uno de sus desvanecimientos, Elena de Kerlor miró severamente a su marido y, como si sus palabras fueran cuchillos que cortaban, le dijo:

—Si muere, no te perdonaré nunca lo que has hecho... Contempla tu obra, Jorge.

—Elena, por Dios — suplicó su marido —. Dame pruebas de que este niño es hijo nuestro.

Antes de que hablara ella, habló su hermana para decirle:

—¡Elena es inocente, Jorge! ¡Ese hijo es tuyo!

—Sería monstruoso que yo mismo... —exclamó él—. No me atrevo a creerte, Carmen.

Para el pequeño Claudinet los días que siguieron a su llegada fueron como un sueño. El verse obedecido por los criados, mimado por todos los de la casa y, sobre todo, tener una madre; haber encontrado a una persona tan buena a quien poder llamar mamá era una dicha que el pobre niño apenas si podía creer. Todo

cuanto había en la casa le parecía nuevo.

Sin embargo, Elena no estaba segura de que aquel niño fuera su hijo. Había algo que interiormente le decía que su hijo no era aquél, y aun cuando procuraba desechar esta idea no podía apartarla de su mente. Pero era tan bueno, tan dócil, tan cariñoso, que poco a poco Elena iba sintiéndose atraída por Claudinet.

Lo que más le extrañaba a ella era que su hijo no recordase nada de su casa. Precisamente había un libro que de niño él había roto la primera página y cuando se lo entregaron le dijo Elena:

—¿Te acuerdas de este libro?

—No, mamá — respondió el niño.

Lo abrió y al ver la primera página rota exclamó:

—¡Qué lástima!... ¡Está roto!

—Lo rompiste tú — le dijo Elena —. ¿No te acuerdas que lloraste mucho?

Claudinet no se acordaba de nada.

Empeoró y hubo necesidad de llevarlo por las noches para ello trajeron a una Hermana de la Caridad, y aquello fué lo que más le hizo creer a Elena que no era su hijo.

Claudinet, al verla, exclamó sorprendido:

—¡Qué casualidad!... ¿Usted es sor Modesta?

—¿Cómo... ¿Me conoces todavía?—preguntó la Hermana reconociéndolo.

—Y tanto—volvió a decirle él—. Usted me obsequiaba muchas veces con rebanadas de pan y confitura cuando yo iba a la clase de San Nicolás.

—¿Cómo es eso, Hermana?—preguntó Elena—. ¿Usted cuidó ya a mi hijo?

—Ya lo creo... Sí, señora. En el Asilo—respondió la Hermana.

—¿Y hace mucho tiempo que cuidó usted a mi hijo?

—Hará unos nueve años.

—Es imposible.

—Estoy segura, señora. Yo salí del Asilo para el Hospital de Tours en 1927. Calcule.

—En 1927 estaba todavía mi hijo conmigo—respondió Elena.

La Hermana sonrió bondadosamente y le replicó:

—Debe usted sufrir un error, señora.

—Bien, Hermana... Muchas gracias.

Carmen acompañó a su cuñada hasta donde estaba su hermano y le consoló diciéndole:

—¡Pobre Elena!

Elena se acercó a su marido y con los ojos arrasados en lágrimas le dijo:

—Jorge, éste no es mi hijo... Ese hombre te ha engañado... Búscame a mi hijo... Dime que podrás encontrarle... Que me lo podrás devolver.

Jorge no sabía qué responderle. ¿Cómo podría él encontrar al verdadero Juanito? Pero era tan dolorosa la expresión de aquella madre que pedía a su hijo, que su esposo le mintió piadosamente diciéndole:

—Creo que tengo algún indicio... y si fuera preciso, a pesar de mi repugnancia, me dirigiría a la Policía. Pero si este hombre me ha engañado es que...

No se atrevió a expresar su pensamiento, pero su esposa lo adivinó y terminó diciendo:

—Sí; si este hombre te ha engañado es que mi hijo ha muerto... ¡Dios mío!

—Yo te prometo que sabré toda la verdad—exclamó Jorge de Kerlor.

Desde aquel día, a Claudinet le pareció observar cierto cambio en la conducta de la que él creía su madre. El inocente niño se había acostumbrado a sus caricias, a aquellas caricias maternas que jamás gustó en su infancia, que en cierta ocasión, cuando Elena le miraba fijamente, queriendo ver al través de sus facciones actuales las infantiles de su hijo, le preguntó:

—¿No me dices nada, mamá?

Elena se acercó a él conmovida por el acento del niño y le respondió cariñosamente:

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío?

—¡Hijo mío! — exclamó Claudinet como en un sueño—. ¡Qué madre tan buena como tú!... ¡Me parece imposible!... ¡Bésame, mamá!

Elena le besó pero sin aquel entusiasmo que otras veces había puesto en sus caricias y Claudinet le dijo:

—¿Te ocurre algo?... ¿Estás enferma?

—No, tranquilízate — le respondió Elena.

—¿Es que ya no me quieres? Yo no podría vivir sin tu cariño. Tú no sabes lo que es vivir como yo he vivido, sin tener una mano cariñosa que me cuidase, no sabes lo que es pasarse los días sin comer y sin más consuelo que unos cuantos golpes...

Carmen sentía que los sollozos la ahogaban al oír a aquel niño hablar de aquella forma, y Elena comprendía también toda la inmensa bondad de aquel corazón tan noble y tan generoso.

—No eres la misma de antes, mamá—siguió diciéndole Claudinet—. Noto algo en ti que me hace sospe-

char que no me amas como al principio.

Carmen intervino para terminar aquella conversación, y le dijo cariñosamente:

—¡Juanito, no molestes a tu mamá... Se encuentra mal hoy.

—¿Ves cómo lo he adivinado? —le dijo Claudinet—. ¡Te quiero tanto, que quisiera saber cuáles son tus pensamientos, para consolarte si estás triste y para estar alegre cuando tú lo estés.

Y así pasaron algunos días; Elena luchando con aquella duda que le atormentaba; Jorge de Kerlor buscando al tío Caracol, y Claudinet poseído por una sospecha cruel que cada vez se hacía más dolorosa.

Una mañana estaba Claudinet tomando el sol en la terraza del jardín, cuando llamaron a la puerta del mismo. Salió un criado y al ver aquel chiquillo le preguntó de mal talante:

—¿Eres tú el que ha llamado?

—¿Vive aquí la señora de Kerlor? —preguntó Fantán, que era el que había llamado.

—Sí, ¿qué quieres?

—Quiero verla.

El criado le miró sorprendido y al fin le respondió:

—¿Estás loco?

—No, no estoy loco... Ella me dió

su tarjeta y me dijo que la viniera a ver.

—Enséñame la tarjeta.

—La he perdido, pero me acuerdo bien de la dirección, que es ésta.

El criado no quiso entretenerse más y le cerró la puerta, al mismo tiempo que le decía:

—Fuera de aquí, pillete.

Sin embargo, Fanfán no se dió por vencido. Trepó por la reja, para ver si veía a la buena señora que le había dado su dirección y ¡cuál no sería su sorpresa al ver a Claudinet en el jardín!

Se restregó los ojos para cerciorarse de que no estaba dormido y gritó:

—¡Claudinet!... ¡Claudinet!

Este volvió la cabeza hacia donde le llamaban por su verdadero nombre y al ver a su inseparable amigo, gritó loco de contento:

—¡Fanfán!... ¡Mi querido Fanfán!... ¿Eres tú? Entra.

—No puedo—le respondió Fanfán—. Lo he intentado hace poco, pero el criado no me ha dejado entrar.

—Vuelve a llamar ahora y ya verás cómo te abre.

Y mientras que Fanfán iba a cumplir la orden que le había dado su

amigo, Claudinet llamaba al criado y le dijo:

—Fermin, hay un niño al que usted ha echado hace poco y que todavía está en la verja; vaya y ábrale.

—Es un pillete, señor vizconde—le respondió el criado.

—Es mi amigo Fanfán... Hay que abrirle... Ande volando y tráigale aquí inmediatamente.

El criado cumplió los deseos de Claudinet y poco después los dos amigos se abrazaban cariñosamente como si fueran dos hermanos que vuelven a encontrarse.

—¿Pero qué es lo que haces tú aquí vestido de esta forma tan elegante?—le preguntó Fanfán.

—Es toda una historia—le dijo Claudinet—. Aquella buena señora de Kerlor buscaba a su hijo que había perdido hacía mucho tiempo y he resultado ser yo... Siéntate con toda comodidad en ese sillón, es mío y nadie te dirá nada... Y no es eso todo. Tengo magníficos trajes, magníficos zapatos, hasta un reloj que anda. Pero, ¿sabes tú lo que es mejor de todo? Pues que tengo una mamá que me quiere. Poco me importaría que fuera pobre, con tal de que me estrechara entre sus brazos como ella lo hace.

—¿Y tienes padre también?—indagó Fanfán.

Claudinet cambió la expresión de alegría de su rostro y le respondió:

—Sí, pero hay algo que me causa mucha pena... Entre papá y mamá hay algún disgusto.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente... Pero he oído una vez a la tía Carmen y a la Hermana Modesta que hablaban de unas cartas robadas en una época en que si no las hubiesen robado, hubiera habido menos disgustos entre papá y mamá. Y ahora que estás aquí, me acuerdo de una cosa. Tú también te acordarás que tío Caracol y tía Ceferina hablaban a menudo de una cartera que habían robado.

—Sí que me acuerdo y me parece recordar que estaba llena de cartas. Y también nombraban un nombre que no tiene nada que ver con Kerlor... Era algo así como «koize».

—¿Alboize?

—Sí, ese mismo nombre— respondió Fanfán.

—Ese es el nombre del marido de mi tía.

Fanfán quedó unos minutos meditando y al fin le dijo a su amigo:

—Oye, Claudinet, y si esas cartas sirviesen para reconciliar a tus padres, yo me las arreglaré de forma que las tengamos en nuestro poder.

Fermin se presentó en aquel mo-

mento llevando una mesita portátil, y le dijo a Claudinet:

—La merienda del señor vizconde.

—Yo soy el vizconde— le dijo Claudinet a su amigo.

—¿En serio?— preguntó Fanfán que le parecía todo aquello un sueño.

—Claro que sí. Ven y verás lo que me sirven. ¿Ves cuántas cosas buenas? ¿Crearás que ahora no tengo hambre? Y tú, ¿tienes hambre?

—No he comido desde anoche— respondió Fanfán.

—Pues come ahora a dos carrillos. No te importe que se acabe, traerán más.

Fanfán se puso a comer, y Claudinet, al verle comer de aquella forma, le dijo a Fermin.

—Tiene gana, ¿eh?

—Verdaderamente, el amigo del señor vizconde tiene apetito— respondió Fermin.

—Minutos después aparecieron Elena de Kerlor y su cuñada, y Claudinet se levantó sin poder contener su alegría y abrazó a su madre, diciéndole:

—¡Mamá, es mi Fanfán a quien he encontrado!

—¿Debes estar muy contento?— preguntó Carmen.

—¡Oh, sí, muy contento! — respondió Claudinet.

Fanfán se levantó tímidamente y saludó a Elena de Xerlor diciéndole:

—Muy buenos días, señora.

—Hola, amiguito—le dijo cariñosamente Elena, que desde el primer día que vio a aquel niño había sentido hacia él una atracción inexplicable.

Claudinet se dejó caer otra vez sobre el sillón y Carmen le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Estoy muy contento, pero estoy fatigado.

—Pues bien, ves a reposar a tu cuarto... Sor Modesta te espera.

—¿Vienes, Fanfán?—le preguntó Claudinet que ya no quería separarse de su amigo.

—Irás en seguida—le dijo Elena—, Antes quiero hablarle un poco.

Claudinet, antes de marcharse, abrazó a Elena y le dijo emocionado:

—¿Sabes, mamá? Era Fanfán lo único que me faltaba para ser del todo feliz. ¿Tú querrás que se quede con nosotros?

—Claro que sí, pequeño—le respondió Elena cariñosamente.

Se fué Claudinet y Elena condujo a Fanfán al interior de la casa. A medida que veía todo aquello, Fanfán

sentía como si algo muy confuso en su imaginación le trajese las cosas y los objetos a su memoria. Miraba a todas partes y ante aquella actitud Elena le preguntó:

—¿En qué piensas, hijo mío?

—No lo sé—respondió Fanfán—, pero todo esto es chocante... Me parece que me recuerde algo, alguna cosa, como ver a Claudinet subir esas escaleras, y, sin embargo, no había ninguna igual en casa del tío Caracol.

Carmen y Elena se miraron sin atreverse a expresar ninguna su pensamiento, y ésta última le preguntó:

—¿Ya estabas tú en casa de tus padres cuando llevaron a Claudinet?

—No; al contrario, era Claudinet el que estaba allí cuando yo llegué.

—Pero, llegaste..., ¿de dónde?—preguntó angustiosamente Elena.

—No lo sé... Todo esto es muy confuso en mi cabeza. Cierro los ojos y no distingo las caras... Sin embargo, hay cosas de las que me acuerdo bien... Me acuerdo de un libro grande cuyas láminas miraba... Tenía la tapas rojas como éste—y señaló el que Claudinet había dejado encima de la mesa. Y al ver una página rota, exclamó riendo—: Este también tiene una hoja rota como aquél.

Carmen, al ver la tribulación de su cuñada, que no tenía fuerzas para más, se acercó al niño y le dijo:

—¿Dices que no te acuerdas de las caras? ¿Y de las cosas?

Lo llevó adonde estaban guardados sus juguetes de niño y Fanfán inmediatamente cogió el perro de trapo y exclamó:

—¡Era como éste el que yo tenía!... Estoy seguro de que era así... Me dormía con él... Ahora lo recuerdo... Ahora recuerdo también las caras.

Miró a Elena y, poco a poco, se fué acercando a ella y diciendo:

—Usted... usted... tú... ¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Hijo mío!—gritó Elena estrechándolo entre sus brazos y sin darse cuenta de que Claudinet bajaba en busca de su amigo y que al oír las últimas palabras no pudo menos que exclamar angustiado:

—Fanfán, ¿por qué la llamas mamá?... ¿Ya no soy tu hijo?

Fanfán comprendió el pesar de su amigo y, con una astucia impropia de sus años se acercó a su amigo y le dijo:

—Claro que sí... Solamente que como yo soy como hermano tuyo, también es casi mi mamá... ¿No

quieres que sea también un poco mía?

—Claro que sí lo quiero—respondió Claudinet, aunque en su interior sospechaba que las palabras de su amigo eran tan sólo para consolarle.

Su respiración se hizo fatigosa y el mismo Fanfán lo acompañó hasta su habitación.

Por deseos de Claudinet, aquella noche se quedó a velarlo Fanfán, y cuando ya todo el mundo estaba dormido, éste le dijo a su amigo:

—Voy a salir por la ventana y buscaré las cartas. Sé dónde las tienen guardadas.

Pero también había ido Jorge de Kerlor que había recibido noticias de la guarida del tío Caracol, quien en unión de sus compinches consiguieron desarmar al vizconde y, después de hacerlo firmar un cheque por una crecida suma, salieron en busca de Fanfán a quien habían visto unos amigos aquella tarde.

La tía Ceferina se quedó con la llave donde estaba encerrado Jorge de Kerlor y con una botella de aguardiente que sirvió para aumentar la borrachera que ya tenía. De forma que, cuando llegó Fanfán, fué ella misma la que le dijo que tenían allí a su padre encerrado.

El niño, mientras hablaba con ella,

se acercó a la cómoda donde sabía él que estaba escondida la cartera y la ocultó sin que la vieja sospechara. Luego aprovechó su borrachera para quitarle la llave y entró donde estaba Jorge de Kerlor. Al verle, le abrazó diciéndole:

—Papá, tenemos que huir antes de que lleguen los otros.

El padre, al reconocer a Juanito, se abrazó a él y juntos salieron por el tejado, al mismo tiempo que volvían el tío Caracol y Cachalote sin haber encontrado a Fanfán.

La tía Ceferina se echó a reír y les dijo:

—Vosotros buscándole y Fanfán está ahí con su padre.

Entraron adonde habían dejado a Kerlor y se dieron cuenta que habían huido. Inmediatamente salieron en su persecución.

—Yo iré a la casa de Kerlor—dijo Cachalote—, mientras que vosotros seguís su persecución.

Lo que salvó a los fugitivos fué el puente que separaba la parte del río donde vivía el tío Caracol y la otra parte de París. Cuando ya les iban a dar caza, Fanfán se agarró a la manivela y abrió la esclusa. En la obscuridad, el tío Caracol no vió el peligro y cayó al río, huyendo Espinilla al ver que nada podía ya hacer.

Al mismo tiempo, Cachalote lle-

gaba a la casa de los Kerlor. Entró por el balcón y casualmente fué a dar al dormitorio de Claudinet.

Este despertó sobresaltado, y al ver a Cachalote lo reconoció en seguida y fué a gritar.

Cachalote, indignado al ver que lo descubrirían, se abalanzó sobre el inocente niño y disparó contra él.

Al ruido de la detonación acudieron todos, cuando Cachalote había huido y en el momento en que entraba Fanfán, quien al ver a su amigo moribundo corrió hacia el lecho, gritando:

—Claudinet, amigo mío.

—¿Las cartas?—preguntó éste.

—Las tengo—dijo Fanfán—. Están aquí, tómalas.

Claudinet miró a Elena y le entregó las cartas, diciéndole:

—Aquí tienes las cartas, las que han de darte la felicidad, mamá... ¿Me dejas que te llame todavía mamá?

—Sí, hijo mío—exclamó Elena, abrazándose a él.

Claudinet miró a su amigo y, con voz debilitada por la proximidad de la muerte, le dijo:

—Fanfán... me... mue... ro.

Reclinó su cabecita sobre la almohada y Fanfán se abrazó a él desesperado y gritando:

—¡Oh! ¡Claudinet, hermano del alma...! ¡Espera...! ¡No te mueras aún...! ¡Estaremos siempre juntos! ¡Seremos felices ahora, como antes lo fuimos desgraciados!... ¡Espera, no te mueras!

Por las mejillas de todos los presentes rodaron unas lágrimas y todos los labios se entreabrieron en una plegaria, como último tributo rendido a la memoria del niño mártir de la brutalidad humana.

FIN

¿Qué le dijo?...

EL EXITO DEL DIA

[Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—“Voy sangrando lentamente..

“ 2.—El elefante y la pulga

“ 3.—Dedicado a los populares clowns
musicales HERMANOS CAPE

PRONTO

?...

Precio:

1'50 ptas.

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	C. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá en casa	Lil Dagover
María Estuardo	K. Hebburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agua de amor	Gené Raymond
Vueltas de Arsenio Lupin	Warron William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Finlamasca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Font
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invivible	C. Bennet
La mujer sin alma	John Boles
El dominó verde	Danielle Darrieux
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detective y compañeros	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompeiense	Kate de Nivy
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Pygmalion	Leslie Howard
Quince de Hollywood	Ivan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühner

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Bowlera
La canción de Aixa	E. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	E. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda sota	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápido usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Calla Gómez
	R. de Sentmenat

Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡Alá!	Inés de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valbis

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomey de las elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Carmon, la de Triana	L. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Basita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Monzayo (Las de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumba al Cabo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barchon
Melodía de viento	Padro Terdi
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickie Rooney
	Greta Garbo y Robert Taylor
Margarita Gautier	Flore Santacruz
La alegría de la huerta	Ann Harding
Mortal jugación	Danielle Darrieux
Una chica insoportable	Edmund Lowe
Bajo manto de la noche	M. Redgrave
Alarma en el expreso	Ramón Pereda
Crimen de medianoche	Miguel Ligeró
El barbero de Sevilla	Jacques Tavel
Los dos piletos	

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la tina y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Patanera	Juan Monfort
Verebena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del casco	Leslie Howard

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

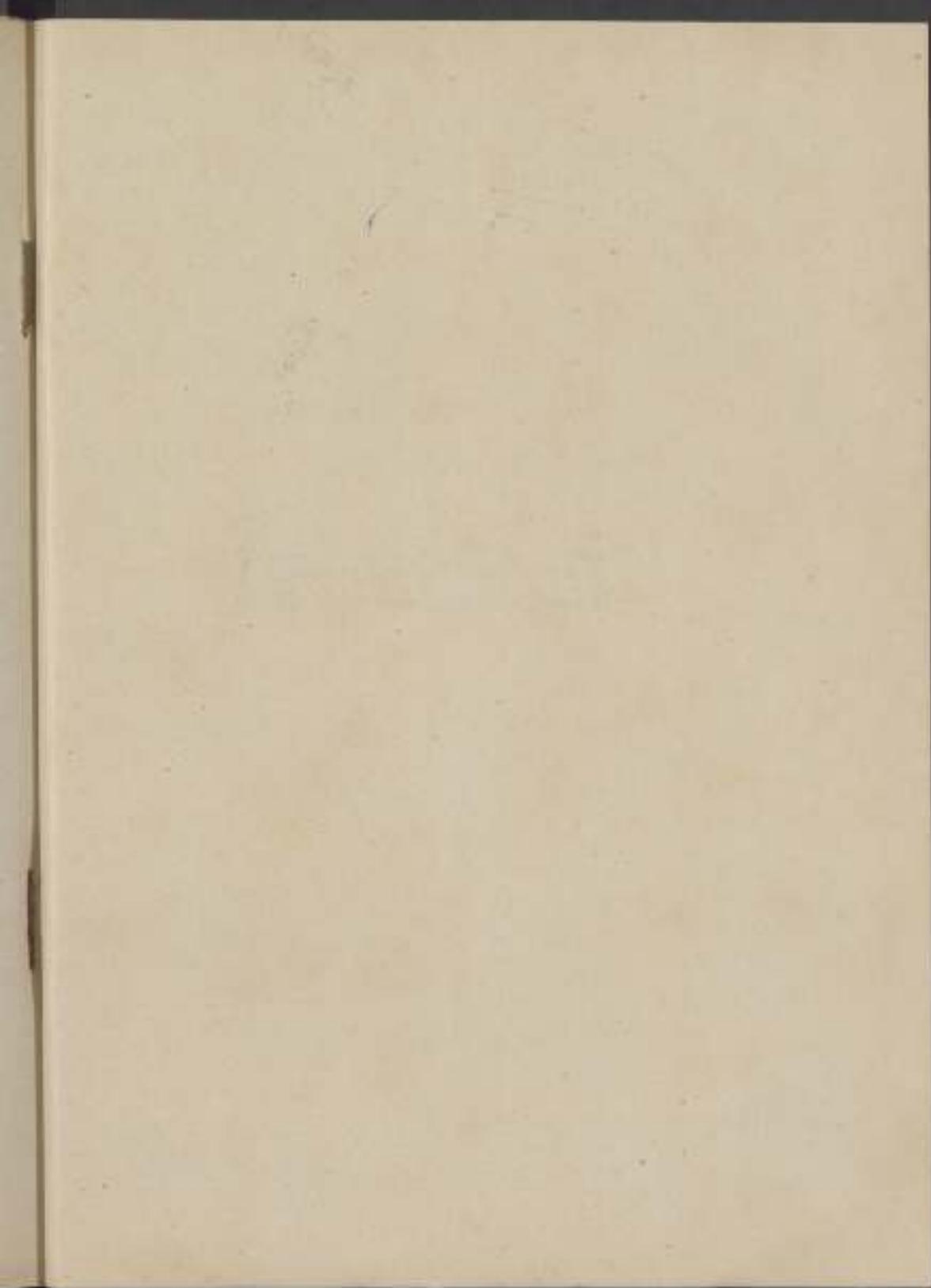
Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Melvyn Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA





2⁵⁰ Ptas.

